BOLSILIBROS BRUGUERA

Selección

TERROR

ADAM SURRAY

CADAVER-PUZZLE





SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

278 — La soledad del corredor de muerte, *Silver Kane*.
279 — Aquí vive el Diablo, *Clark Carrados*.
280 — Las morbosas, *Curtis Garland*.
281 — Ven a charlar esta noche, *Lou Carrigan*.
282 — ¡Déjame dormir en mi tumba!, *Clark Carrados*.

ADAM SURRAY

CADAVER-PUZZLE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 283
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 13.931 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

El programa «La hora del, crimen» ocupaba el número uno en el ranking de aceptación de los televidentes californianos.

Una emisión en directo.

Cara al público.

El programa se dividía en dos partes. La primera de ellas, supuestamente de divulgación, se hacía desfilar a criminólogos, abogados, investigadores, forenses..., todos aquellos profesionales que de un modo u otro guardaban relación con la temática del programa.

En la segunda parte se narraba en imágenes la vida de un criminal famoso. Se terminaba con un coloquio entre las personalidades invitadas y respuestas a las consultas formuladas por los telespectadores.

El éxito de «La hora del crimen» se fundamentaba en la realización de un magnífico guión y en el buen hacer de los presentadores.

Un hombre y una mujer.

Randy Armstrong y Cathy Ross.

Dos presentadores que con su atractiva imagen aminoraban la siniestra carga existente en el programa.

El estudio de filmación estaba rebosante de público.

Todo ya preparado para el comienzo de la emisión.

Se estaban pasando los spots publicitarios de la casa patrocinadora. La firma Rampling Company que hacía posible la realización del programa.

El público esperaba impaciente.

Aunque no todos los allí presentes se mostraban entusiasmados.

David Connor, sargento del Departamento de Homicidios de San Francisco, difícilmente ocultaba su mal humor.

—¡David...! ¿Qué haces aquí?

Connor giró al oír la voz femenina a su espalda.

La huraña expresión de su rostro desapareció.

Lógico.

Frente a él se encontraba Christine Johnson. Contemplándole con sus verdes ojos. Con una amplia sonrisa en sus gordezuelos labios.

Christine...

La bella reportera gráfica del Tele-Show 80.

Veintidós años de edad. Agraciado rostro. Al igual que correctas eran las medidas de su cuerpo. Resaltadas por aquel juvenil vestido que ceñía los erguidos senos y la suave redondez de las caderas.

—Hola, Christine... Cuánto tiempo sin vernos.

—Dos meses y cuatro días —respondió la muchacha acentuando la sonrisa de sus labios—. Esperé una hora en Ghirardelli Square terminando por almorzar sola. Te perdiste un magnífico *cioppino*... y algo más.

—Me fue imposible acudir a la cita, Christine. Lo lamenté largo tiempo. Y

no por perder el estofado de mariscos. Habías prometido enseñarme las fotos de tu apartamento, ¿recuerdas?

—Sí, David; pero eso fue hace dos meses. ¿Piensas presenciar el programa?

David Connor frisaba en los treinta años de edad. De correctas facciones no carentes de una cierta dureza y frialdad. Complexión atlética. Vestía deportiva cazadora en lino, camisa polo y pantalón azul marino. En la axila izquierda una funda sobaquera sostenía su reglamentario revólver del treinta y ocho.

El rostro de Connor volvió a ensombrecerse.

—Sí, maldita sea.

—¿No eres entusiasta de «La hora del crimen»?

—En absoluto.

Christine rió en cantarina carcajada.

—Comprendo. El teniente Lautter te envía aquí para que aprendas algo. Un programa dedicado al mundo del crimen siempre es de utilidad para el personal torpe de Homicidios.

Connor también sonrió.

Ignoró la ironía de la muchacha.

—Todo esto es una mascarada, Christine. Esos guiones sobre los criminales famosos son...

—De Arthur Ward, uno de los mejores escritores de California. El más cotizado en Hollywood.

—Son nauseabundos —concluyó Connor ajeno a la interrupción—. Destinados únicamente a despertar la morbosidad de los espectadores. Mira a los aquí presentes... Contempla sus rostros. Saboreando de antemano el sangriento episodio. Fotografía esos rostros, Christine. Sería una buena portada para el Tele-Show 80.

—¿Qué te obliga a presenciar el programa?

—Cumplo una misión.

La joven se encogió de hombros.

—Bien... ¿No tienes localidad? Puedes sentarte conmigo en el lugar destinado a la prensa.

—No, gracias. Desde aquí, aunque tenga que permanecer en pie, domino todo el estudio.

—¿Va a ocurrir algo, David?

—Oh, no... De suceder algo ya estaría aquí tu hermano.

Ralph Johnson, el más sensacionalista de los periodistas de crónica negra.

—No quiero discutir contigo, David. Adiós.

Connor la retuvo por el brazo.

—Oye, Christine... El no simpatizar con tu hermano parece inclinarme más hacia ti. ¿Cenamos juntos cuando termine este engendro?

—¿En mi apartamento?

Los ojos de Connor adquirieron un lujurioso brillo.

—¡Sí!
—Okay. Espérame bajo el Golden Gate.
—¿Bajo el...?
Christine se alejó con innato ondular de caderas.
No pudo oír la maldición que brotó de Connor.
El público presente en el estudio irrumpió en aplausos dedicados a la aparición de Cathy Ross.
La escultural presentadora de «La hora del crimen».
Le siguió Randy Armstrong.
Parte de la iluminación del estudio se había eclipsado.
David Connor, junto a una de las puertas de entrada a la sala, se apoyó indolentemente en una de las columnas.
Para más fastidio estaba prohibido fumar en la sala.
Una hora...
En espera de algo que no iba a ocurrir.
El programa se inició con la disertación del doctor Salkow. Con su teoría de que el criminal nace, no se hace. La sociedad se limita a proporcionarle los medios adecuados para el desarrollo de su instinto criminal. En unos predomina su constitución biológica y en otros su medio ambiente. En todos los casos, factores endógenos y factores exógenos están sometidos a una influencia constante y recíproca.
Para rebatir la tesis del doctor Salkow intervino otro invitado.
La discusión entre ambos, con la seductora Cathy Ross como mediadora, cumplió la primera parte del programa.
Randy Armstrong, con su habitual sensacionalismo y truculencia, habló brevemente del telefilme a presenciar.
Basado en la vida del tristemente célebre Albert Henry DeSalvo, más conocido como «El estrangulador de Boston».
El filme se iba a centrar en el último crimen cometido por DeSalvo. Un 4 de enero de 1964. La víctima fue una joven de diecinueve años llamada Mary Sullivan.
David Connor conocía bien la historia de DeSalvo. Un «clásico» en la historia del crimen. Iniciada con el asesinato de Anna Siesers, de cincuenta y cinco años, un 14 de junio de 1962.
En menos de dos años trece víctimas.
Todas ellas mujeres.
Sádicamente asesinadas.
Y en el telefilme se representaba la muerte de Mary Sullivan. La última víctima del estrangulador. La más joven de ellas. El crimen más espeluznante...
Sí.
Ningún dato adicional.
El guionista de «La hora del crimen» había seguido fielmente los hechos. Sin añadir nada de su imaginación, pero recargando las tintas para complacer

el morbo del espectador.

Unas imágenes de gran tensión.

De un suspense en crescendo.

De un sadismo escalofriante...

En el apartamento 44 A de Charles Street, en Bacon Hill. Mary Sullivan, en tejanos y blusa amarilla, abre la puerta a DeSalvo. La consabida excusa de una reparación en el apartamento.

Mary Sullivan, recién llegada al apartamento con unas compañeras, le permite la entrada. Al pasar a la cocina, DeSalvo la amenaza con un cuchillo obligándola a ir al dormitorio. Le ata de pies y manos a los barrotes de la cama. Con un chándal le cubre el rostro...

David Connor desvió la mirada de la gigantesca pantalla del estudio.

Empezaba a sentir náuseas.

No por las imágenes del telefilme, sino por el visible entusiasmo que mostraba el público presente en la sala. No podía distinguir sus rostros en aquella penumbra, aunque era fácil adivinar la morbosidad que les dominaba. Se removían inquietos. La escena cumbre se aproximaba...

Connor centró nuevamente la mirada en la pantalla.

Sí.

Llegaba el gran momento.

El último crimen de DeSalvo.

David Connor reconoce una vez más que cuanto se estaba representando fue real. Que así consta en los archivos la muerte de Mary Sullivan. Que ése fue el monstruoso modus operandi de DeSalvo... Y que el éxito de «La hora del crimen» se fundamentaba en episodios truculentos como el de Albert Henry DeSalvo El estrangulador de Boston.

Poco importaba la voz en off que cerraba el telefilme con la afirmación de que el criminal nunca gana. Nada significaba que se resaltara la muerte de DeSalvo en su celda de Walpole.

El programa, más que condenar el mundo del crimen, era un show para satisfacer los bajos instintos.

Ese era el parecer de David Connor.

No compartido por los presentes en el estudio que aplaudían entusiasmados la aparición en la pantalla del the end.

De nuevo volvió la total iluminación a la sala.

Era el momento del coloquio y las preguntas.

David Connor consultó su reloj de pulsera. Aún restaban quince minutos de emisión.

Y debía permanecer allí hasta el final.

Ordenes superiores.

Todo por culpa de un pobre diablo.

De un demente que telefoneó horas antes a los estudios de grabación solicitando hablar con Cathy Ross. Aseguró a la bella presentadora que él era mejor que DeSalvo. Que podía cometer crímenes más espectaculares y

superar el récord establecido por el Estrangulador de Boston sin dejarse atrapar por la policía. Terminó su parrafada prometiendo demostrarlo después de la emisión.

Y, por supuesto, nada había ocurrido.

Lógico.

Aquella llamada fue obra de un estúpido. De uno de los muchos nefastamente influenciados por la temática del programa.

Cathy Ross denunció el hecho y el teniente Jeff Lautter desplazó a los estudios a uno de sus hombres.

Y le tocó a David Connor.

Por enésima vez consultó la esfera del reloj.

Ya estaba próximo a terminar el programa.

Randy Armstrong y Cathy Ross respondían a las consultas procedentes del exterior de los estudios. A las llamadas telefónicas que hacían los telespectadores desde sus domicilios.

Todo ello en directo.

Para incrementar la emoción del programa.

La conversación entre consultante y presentador eran audibles en la sala.

—Hola, Cathy...

—Adelante, señor. ¿Cuál es su pregunta?

—¿No recuerdas mi voz, muñeca?

En el bello rostro de Cathy Ross se borró paulatinamente la sonrisa. Sus manos aferraron nerviosamente el audífono depositado sobre la mesa mediante el cual le pasaban las llamadas.

—Por favor, señor —Cathy forzó una sonrisa—. Tenemos el tiempo muy limitado. Si no desea formular ninguna pregunta le ruego que...

—Es una respuesta lo que quiero dar —interrumpió la voz—. Yo soy el número uno, muñeca. Digno de figurar con todos los honores en «La hora del crimen». Pronto lo demostraré. Ya he empezado a... trabajar. Avisa a la policía, Cathy. Y a la prensa. Incluso a las cámaras de la televisión. Acudid todos al 1.031 de Gavin Street. Apartamento 20C. He dejado allí un cadáver-puzzle.

Cortó la comunicación.

En la sala se originó una gran confusión.

El público estaba alterado.

Por el pálido rostro de Cathy Ross comprendía que aquello no era simulado ni entraba en el guión.

David Connor fue el primero en reaccionar abandonando precipitadamente la sala.

En dirección a Gavin Street.

Aunque ya era demasiado tarde.

CAPITULO II

Jessica Randolph había cumplido recientemente los diecinueve años.

Llevaba dos años en San Francisco.

Procedente de Bishop.

Sus estudios de perforista le permitieron encontrar un buen empleo en una empresa del ramo de la informática.

Jessica era feliz.

Se conformaba con muy poco.

Disponía de apartamento propio y disfrutaba de una total independencia. Una vida muy distinta a la de Bishop.

El apartamento, aunque reducido, disponía de todas las comodidades. Bien decorado y con profusión de aparatos electrodomésticos.

Jessica había cenado frente al televisor.

Al iniciarse «La hora del crimen» accionó el selector de canal. La emisión patrocinada por la Rampling Company no era la más apropiada para después de una cena. Los diferentes canales tampoco resultaron del agrado de Jessica.

Contempló el final de un viejo filme del también caduco Hollywood.

Luego volvió a pulsar el selector.

Justo en el momento en que DeSalvo tendía sus manos hacia la garganta de la infortunada Mary Sullivan.

Jessica desconectó definitivamente el televisor.

Aún era temprano para retirarse a dormir, pero prefería un poco de lectura a los nefastos programas de televisión.

Fue hacia el tocadiscos. Del voluminoso álbum eligió un long-play de Little Richard.

Comenzó a sonar el Long Tail Sally.

Jessica pasó al dormitorio.

Lucía un vestido camisero, muy corto, estampado con dibujo cachemir. Adornado con un cinturón en cuero marrón entrecruzado.

Se despojó de los zapatos.

Igualmente arrojó el cinturón empezando a desabotonar el vestido.

Sus macizos y erguidos senos aparecieron protegidos por un sujetador blanco. En transparente tul de nylon. Al igual que el slip. Un dos piezas que resaltaba el escultural cuerpo femenino.

De uno de los cajones del armario tomó al azar una negligée.

Cuando se disponía a pasar al contiguo cuarto de baño se sobresaltó por el ruido.

Un ruido extraño.

Imposible de definir.

Fue...

El de una ventana que se adhiere y succiona. Como un beso entre gigantes.

Jessica sonrió ante semejante hipótesis.

El ruido sin duda procedió del tocadiscos.

Y fue entonces cuando súbitamente se elevó la voz de Little Richard. El aparato estaba a todo volumen.

Ensordecedor.

Jessica corrió hacia el salón.

Se detuvo bajo el umbral de entrada.

Perpleja.

El salón aparecía en la más completa oscuridad. Sólo el piloto de encendido del tocadiscos destacaba en la negrura.

Estaba segura de haber dejado iluminado el salón.

Accionó el interruptor.

Con lento paso, con un cierto temor, avanzó hacia el tocadiscos. El mando del volumen estaba al máximo. Alguien había manipulado en él.

Los atemorizados ojos de Jessica trazaron una semicircular mirada por la estancia.

Allí no había nadie.

Fue al living.

La puerta de entrada al apartamento continuaba con la cadena de seguridad intacta y el doble cierre perfectamente acoplado.

Jessica forzó una sonrisa.

Se había dejado impresionar por las imágenes de «La hora del crimen».

Retornó al salón para silenciar el tocadiscos. En uno de los muebles una cajetilla de «Fact». Encendió un cigarrillo. Succionó una y otra vez el mentolado tabaco.

A medio consumir lo aplastó en el cenicero de cristal.

Jessica encaminó sus pasos al dormitorio.

Ahora sí se reflejó el miedo en su rostro. Desencajando sus facciones en una mueca de terror.

La luz del dormitorio también estaba apagada.

Jessica no...

Estaba segura de haber dejado iluminada la estancia.

¿O tal vez no?

La mano derecha de la muchacha fue hacia el interruptor de pared situado junto a la entrada del dormitorio.

Lo pulsó.

La habitación siguió en la oscuridad.

No funcionaba la lámpara del techo.

Fue hacia la mesa de noche con intención de accionar la lámpara allí existente.

No llegó.

En mitad de la estancia tropezó con alguien.

Una fantasmagórica sombra que surgió de la oscuridad.

Jessica quiso gritar, pero una fría y húmeda mano taponó con fuerza su boca.

—¿Quieres morir, muñeca? —Jadeó una voz—. Esto es un cuchillo... muy afilado... Con un solo movimiento te secciono la yugular. ¿Sientes el cuchillo?

Jessica movió nerviosamente la cabeza.

Percibía el frío de la metálica hoja sobre su garganta.

—Perfecto, muñeca. Si obedeces todo saldrá bien. Voy a soltarte. Entonces podrás gritar, pero recuerda que será lo último que hagas.

Aquella viscosa mano dejó de taponar la boca de Jessica.

También el cuchillo se distanció de su cuello.

—¿Quién es usted... ? ¿Qué quiere...?

Se escuchó el crujir del somier.

El hombre se había sentado en el lecho.

Su silueta era una sombra más. Borrosa en la oscuridad de la habitación.

Súbitamente el foco de una linterna se centró sobre el rostro de Jessica.

Aquella luminosidad cegó a la muchacha obligándola a proteger sus ojos con ambas manos.

El foco descendió iluminando el cuerpo femenino.

Muy lentamente.

—Eres muy bonita, muñeca... ¿Cómo te llamas?

—Oiga..., tengo algún dinero —susurró Jessica con voz apenas audible—. Unos mil dólares que...

—¡Tu nombre!

—Randolph... Jessica Randolph...

El hombre rió.

Roncamente.

—Desnúdate, Jessica. Muy despacio. Quiero seguir cada uno de tus movimientos con la linterna.

—Por favor..., le daré...

Por segunda vez se alteró la voz del individuo. De nuevo sonó chillona. Atiplada. Casi femenina:

—¡Obedece! ¡No me gusta ser contrariado, Jessica! ¡No me gusta! ¡Obedece a todo cuanto te diga o morirás! ¿Quieres morir, muñeca? ¿Es eso lo que quieres?

Jessica, pálida y temblorosa, se despojó de la negligée. Luego llevó las manos a la espalda para manipular en el cierre del sujetador.

El foco iluminó los túrgidos senos.

Centrándose lascivamente en ellos.

Los pulgares de Jessica se introdujeron bajo el diminuto slip deslizando la prenda, que cayó enroscada en los tobillos.

Durante largos e interminables minutos la linterna fue iluminando el cuerpo de la joven. Deteniéndose en sus zonas más intimas.

—Ha sido un strip-tease un poco frío, muñeca. No has demostrado entusiasmo.

—Por favor..., déjeme ya... Váyase...

—¿Irme? Estamos empezando, muñeca. Ven aquí.

Jessica avanzó.
Estaba sudando.
Su cuerpo bañado en un frío sudor originado por el miedo.
La muchacha ahogó un grito al sentir unas húmedas manos posarse en sus hombros y arrojarla violentamente sobre el lecho.
Sí.
Dominó el alarido de terror que pugnaba por brotar de su garganta.
Debía mostrarse sumisa.
Obedecer.
Obedecer a todo.
Sólo así salvaría la vida.
La linterna se eclipsó.
El hombre se inclinó sobre Jessica. Murmurándole al oído obscenas palabras. Tendiendo sus frías manos por el cuerpo de la joven.
Jessica cerró los ojos.
Permaneció inmóvil.
Sin ofrecer la menor resistencia.
Obedecer...
Sí.
Tenía que obedecer para salvar la vida.
Estaba equivocada.
No había salvación para ella.

* * *

El hombre se incorporó.
Jadeante.
Su entrecortado respirar se prolongó durante varios segundos.
Jessica continuaba con los ojos cerrados. Un visible temblor dominaba su cuerpo.
El hombre encendió la lámpara de noche.
Instintivamente los ojos de Jessica se abrieron.
Pudo ver a su atacante.
Su rostro. Sus facciones. Su siniestra sonrisa...
Y el terror se acentuó en la muchacha.
El individuo tomó una caja de herramientas. Se había ajustado unos guantes de goma. Atrapó una ancha cinta aislante.
Brutalmente cogió la mano derecha de Jessica.
—No..., no me haga daño... He obedecido...
—Tranquila, muñeca. Sólo voy a inmovilizarte. Así no avisarás a nadie.
—Le juro que...
Jessica no pudo seguir hablando.
Un trozo de la cinta adhesiva taponó ahora su boca. Sus manos quedaron sujetas a los barrotes de la cama. Al igual que los tobillos.

El hombre quedó inmóvil.

Su rostro se transfiguró.

Por unos instantes permaneció con los ojos en blanco.

Ante la aterrorizada mirada de Jessica.

Le vio coger un largo y afilado cuchillo de la caja de herramientas. La hoja se posó en el cuello de Jessica deslizándose suavemente por la suave epidermis hasta llegar al vientre.

Y salvajemente se hundió en la carne.

El cuerpo de Jessica dio un respingo.

Acusando el brutal golpe.

El cuchillo describió un círculo de trescientos sesenta grados. La sangre comenzó a manar a borbotones. La hoja metálica profundizó una y otra vez.

La muchacha, pese a los continuos espasmos de su cuerpo, ya estaba muerta.

Afortunadamente para ella.

El asesino dejó el cuchillo en la caja de herramientas.

Tomó una sierra automática.

La dentada hoja se posó bajo la rodilla izquierda de Jessica.

Presionó el pulsador.

Minutos más tarde el individuo se incorporaba jadeante. Retrocedió unos pasos. Como si quisiera contemplar mejor su obra.

Sonrió.

Una risa que culminó en satánica carcajada.

Una y otra vez.

Hasta terminar la frase que quedó escrita con sangre en la pared.

El asesino pasó al cuarto de baño. Sus manos, sin despojarse de los guantes, recibieron el agua de uno de los grifos.

Retornó al dormitorio para apoderarse de la caja de herramientas.

Encaminó sus pasos al salón procediendo al encendido del televisor.

Accionó el selector de canal hasta dar con la emisión de «La hora del crimen». Ya había terminado el telefilme. Las imágenes correspondían ahora al coloquio y preguntas.

El individuo volvió a reír.

Tomó el teléfono depositado sobre uno de los muebles.

Su llamada iba a ser el plato fuerte del programa.

CAPITULO III

Samuel Curtis era uno de los veteranos en la sección de Dactiloscopia. De sus cincuenta y dos años de edad, treinta los había dedicado a la policía. Había intervenido en infinidad de casos. Desde el estudio de huellas en un vulgar caso de robo a las marcadas por el más sádico de los asesinos. En 1978 fue destinado a Los Angeles para colaborar en la caza del denominado «asesino de la ladera de la colina».

Samuel Curtis, junto con otros expertos en dactilografía, trabajó en la obtención de huellas dejadas junto a las víctimas femeninas del «asesino de la ladera de la colina».

Sí.

Curtis era un veterano.

Un tipo duro.

Había contemplado a las víctimas de los más horripilantes asesinatos. Y eso le había endurecido. Ya estaba acostumbrado a todo.

Al menos eso creía él.

Estaba equivocado.

Samuel Curtis, el veterano y duro Curtis, vomitó incapaz de controlar las náuseas.

—Entró por el ventanal del salón, sargento. Se encaramó hasta aquí utilizando la escalera de incendios. Luego cortó el vidrio de la ventana evitando, posiblemente con una ventosa, que cayera el cristal. Así logró correr el cierre, abrir el marco y entrar en la casa.

David Connor no respondió.

Mantenía la mirada fija en el ensangrentado cadáver que yacía sobre el lecho. Intermitentemente iluminado por el flash del fotógrafo que realizaba tomas desde diferentes ángulos.

«Aquello» era Jessica Randolph.

Una joven de diecinueve años... convertida en un amasijo de sanguinolenta carne deforme.

Cadáver-puzzle.

David Connor apretó con fuerza las mandíbulas. Con las facciones crispadas. Conteniendo la ira.

El asesino no había mentido.

El cuerpo de Jessica Randolph era un macabro puzzle.

Tenía seccionadas las piernas a la altura de las rodillas. Los brazos también cercenados. Las manos, únicamente las manos, continuaban sujetas a los barrotes de la cama.

El asesino había colocado la pierna izquierda junto al seccionado hombro, el brazo a continuación del sanguinolento muflón de la rodilla...

Cadáver-puzzle.

Aquel maldito engendro de Satanás había...

—¿No me oyes, David?

Connor desvió la mirada hacia su compañero Cliff Heywood. También sargento en el Departamento de Homicidios de San Francisco.

—¿Cómo?

—Te decía que la frase pertenece a la Biblia. San Mateo, VII, 6. «Margaritas ante porcos.» Quiere dar a entender que los ignorantes no aprecian las obras de valor.

—Tal vez tenga otro significado para el asesino —murmuró Connor fijando sus ojos en la pared. En aquellas letras escritas con sangre. Con la sangre de Jessica Randolph—. Escribió la frase en latín.

—Sí. Un fulano estudiado. El muy...

La proximidad del forense hizo enmudecer a los dos hombres.

—El boquete en el estómago fue hecho con un largo cuchillo muy afilado. Un escalpelo. Para seccionar el cuerpo se utilizó una hoja dentada. Una sierra. Tal como aparecen cortados los huesos puedo afirmar que se trata de una sierra automática. De esas que funcionan a pilas. Les pasaré el informe de la autopsia lo antes posible.

David Connor asintió con un movimiento de cabeza.

Huesos cortados...

Sí.

Aún se percibía el desagradable hedor en la estancia.

El asesinato cometido hacía menos de una hora. Coincidiendo con la emisión de «La hora del crimen».

—Jessica Randolph trabajaba en la Sandorf Metals. ¿Investigamos también allí, David?

—Sí. Desplaza a dos agentes. Quiero una relación de todas las amistades de Jessica.

—Si el asesino es un psicópata que...

—Lo sé, maldita sea —interrumpió Connor secamente—. Tal vez no conocía a su víctima, pero seleccionó a Jessica Randolph. ¿Por qué? ¿Al azar? Forzó el ventanal del salón consciente de encontrar sola a la muchacha. Eso significa que conocía a Jessica o controló sus movimientos. Quiero una investigación a fondo, Cliff. Ultimas amistades hechas por Jessica, dónde almorzaba... Dedica el número de hombres necesario. El teniente me ha dado preferencia. Este monstruoso crimen debe ser castigado cuanto antes.

—No descansaremos hasta dar con el asesino, David.

Connor asintió.

Cliff Heywood, dos años menor que él, era uno de los mejores detectives encuadrados en el departamento de Homicidios.

—Sigue tú aquí, Cliff. Voy hacia los estudios de televisión. Lo que considerábamos una broma telefónica se ha convertido en triste realidad.

Connor abandonó el apartamento.

Todos los vecinos del inmueble estaban siendo interrogados. Ninguno había visto u oído nada alarmante.

La expectación era extraordinaria frente al 1.031 de Gavin Street. Agentes uniformados, difícilmente controlaban a los curiosos cercanos a la entrada del edificio.

El hecho de que el asesino hubiera divulgado su hazaña por televisión, había reunido allí infinidad de gente. Los muchachos de la prensa también porfiaban con los agentes del orden.

Se había cortado el tráfico en Gavin Street.

Dos coches de la Metropolitan Police y una ambulancia ocupaban parte de la calzada. Tres vehículos más permanecían estacionados frente al edificio.

David Connor se abrió paso hacia un «Pontiac» negro.

—¡Eh, sargento...!

Dos hombres habían roto el cerco establecido por la policía. En la solapa llevaban el distintivo que les catalogaba como profesionales de la información.

Connor reconoció a uno de ellos.

El inconfundible Ralph Johnson.

Con su rostro de halcón. Ávido de carroña. El número uno en su especialidad. Las tiradas de Terror Story, publicación dedicada a la crónica negra, aumentaban día a día. Merced al sensacionalismo de Ralph Johnson. Un individuo capaz de todo por conseguir un titular de primera página.

—No hay declaraciones, Ralph —dijo Connor anticipándose a la pregunta —. Al menos de momento.

Ralph Johnson sonrió.

Sí.

Su rostro semejaba al de un halcón.

Ojos hundidos, nariz aguileña, pómulos salientes... contaba veintiocho años de edad. Muchos aventuraban que no cumpliría los treinta.

—Es la primera vez que un asesino anuncia su crimen por televisión, ¿verdad, sargento?

Connor se introdujo en el interior del «Pontiac».

Sin responder al comentario del periodista.

Ralph Johnson apoyó las manos en la ventanilla del auto.

—Oiga, sargento..., ¿qué hacía presenciando «La hora del crimen»? Me han informado que estuvo allí. ¿Por qué? ¿Sabía que iba a cometerse un crimen?

David Connor presionó a fondo el pedal del gas.

El vehículo rugió sobre el asfalto.

Johnson se echó hacia atrás.

Trastabilló próximo a perder el equilibrio.

Su compañero de redacción comenzó a reír.

—No le resultas simpático, Ralph.

—El muy bastardo... Voy a hundirle —masculló Johnson contemplando alejarse el auto—. Convertiré a Connor en un vulgar patrullero. Puedo hacerlo... ¡y lo haré!

* * *

Cathy Ross, siguiendo las instrucciones dadas por la policía, aún permanecía en los estudios de televisión.

Cathy era una mujer alta.

Escultural.

Una diosa...

De cabello rubio como el fuego. Ojos almendrados. Pómulos ligeramente salientes. Nariz perfecta. Boca grande de carnosos labios.

Lucía un elegante vestido rosa en batista con cuerpo en nido de abeja y adornado con bordados superpuestos. Los hombros quedaban al descubierto. El escote mostraba el nacimiento de los senos deliberadamente aplastados por la tela. Sin sujetador. La cintura de odalisca. Las caderas de pronunciada y sensual curva. Largos y esbeltos muslos.

Cathy Ross tenía veinticinco años de edad.

Bella, escultural... e inteligente.

Lo máximo en una mujer.

—¿Dónde está Randy Armstrong?

Cathy, acomodada en un confortable sofá, se encogió de hombros a la vez que su rostro dibujaba un mohín.

—Lo ignoro, sargento. Se marchó.

—Se le dio orden de esperar aquí para ser interrogado.

—Discúlpele. Randy es un individuo orgulloso. No acepta fácilmente órdenes. La llamada fue para mí, yo denuncié la amenaza... y yo recibí esa segunda y horrible llamada. Randy consideró que su presencia aquí no era necesaria,

David Connor trazó una mirada por la estancia.

Se encontraban en una de las salas privadas de los estudios de televisión.

En una de las mesas un teléfono.

—¿Puedo utilizarlo?

—Por supuesto, sargento.

Connor disco un número en el dial.

—Connor al habla. Envía dos hombres al domicilio de Randy Armstrong. Quiero que sea localizado y conducido al departamento. Que espere allí hasta mi llegada.

Colgó el micro.

Cathy esbozó una sonrisa.

—Ya tiene un enemigo más, sargento.

David Connor se acomodó frente a la mujer.

Instintivamente su mirada fue hacia las piernas femeninas. Graciosamente cruzadas. Descubriendo con generosidad los bronceados muslos.

Desvió los ojos hacia el rostro de Cathy.

La sonrisa se había acentuado en los gordezuelos labios de la presentadora.

—Bien, señorita Ross. El hecho de estar aquí interrogándola, significa que el autor de la llamada no era un bromista. Una muchacha ha sido brutalmente asesinada.

—Sí, lo sé. La noticia ya ha sido divulgada por nuestro canal en un avance informativo. Algo horrible...

—¿Quiere repetirme su denuncia, señorita Ross?

—Llámeme Cathy, por favor. Eso hará disminuir mi nerviosismo. Usted es el sargento Connor, ¿no?

—David.

La sonrisa retornó a Cathy.

—Gracias, David. Bien... Fue esta mañana. De control me comunicaron que tenía una llamada para mí. Un individuo empezó a decirme que él era el mejor. Que podía cometer crímenes más espectaculares que los realizados por DeSalvo sin dejarse atrapar por la policía. Terminó afirmando que después de la emisión de hoy lo demostraría. Yo, aun creyendo que se trataba de una broma de mal gusto, denuncié el caso. Te presentaste tú en los estudios y... el resto ya lo sabes.

Connor extrajo su cajetilla de «Craven».

Ofreció un cigarrillo a la mujer.

—¿Habías recibido anteriormente llamadas semejantes?

—No.

—Dices que preguntó por ti... ¿Por qué no solicitó hablar con los responsables del programa, con Randy Armstrong...?

—Mi número de «fans» es mayor que el de Randy. Hombres... y mujeres. Recibo muchas llamadas y cartas. Demanda de recomendaciones, proposiciones de matrimonio, invitaciones poco... decentes. No contesto a ninguna personalmente. Mi secretaria se encarga de ello. En esta ocasión el comunicante dijo que se trataba de un asunto urgente y privado. Además utilizó un número que no figura en la guía telefónica. De ahí que no dudaran en control de pasarme la...

—Un momento —cortó Connor—. ¿Marcó un número que no figura en la guía?

—Sí. Al igual que en su segunda llamada durante el programa. Para todo lo relacionado con «La hora del crimen», proporcionamos a los telespectadores cinco números de la centralilla telefónica. Esta consta de veinte líneas de comunicación exterior. Los cinco números figuran en la guía y, en el momento del inicio de las preguntas, quedan de inmediato bloqueados por las continuas llamadas. El asesino utilizó un número de la centralilla que no es del dominio público; aunque sí conocido por infinidad de personas.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, pues... por cualquiera de los que aquí trabajamos, sus familiares, los corresponsales, agencias de publicidad...

—Olvídalo.

—Hay algo más, David. Ese hombre... el asesino, está vinculado al mundo

de la televisión. Al menos a nuestro canal. No sólo por conocer ese número de teléfono, sino por mencionar a DeSalvo en su primera llamada.

—No comprendo.

—«La hora del crimen» quiere causar en los telespectadores el máximo impacto. Un programa en directo que sorprenda al público. El personaje a tratar, no es divulgado con antelación. Ni tan siquiera a las teleguías. Sólo es conocido por los responsables más directos del programa un día antes a la emisión. Tenemos actualmente siete capítulos filmados. Siete telefilmes. Los correspondientes a Henri Desiré Landrú, Caryl Chessman, Fritz Harman el Carnicero de Hannover,

Jack el Destripador, Dean Coril el Homosexual de Texas, Peter Kürten el Vampiro de Dusseldorf y Albert Henry DeSalvo el Estrangulador de Boston. Pues bien, David. Hasta ayer mismo no nos decidimos por el episodio de DeSalvo. Fue ayer cuando convocamos a los invitados al programa. Cierto que son muchos los que conocían la proyección del telefilme de DeSalvo; pero apostaría que el asesino está relacionado con el mundo de la televisión.

Connor asintió.

Pensativo.

—Es una buena hipótesis, Cathy. Quiero una relación de todo el personal que, directa o indirectamente, interviene en «La hora del crimen». ¿Quién puede proporcionarme esa lista?

—Pues... Joanne Logan. La secretaria de producción. Le hablaré de ello.

—Gracias, Cathy. Lina última pregunta... ¿cómo se decidió por la emisión del episodio de DeSalvo?

Cathy exhaló una bocanada de humo.

Aplastó el cigarrillo.

—Hubo una pequeña discusión. Lee Goldstone, director del programa, se inclinaba por la proyección del capítulo de Caryl Chessman. Quien decidió definitivamente fue Dick Rampling. Su voz, como siempre, acalló las restantes.

—¿Dick Rampling?

—Ahá. El propietario de la Rampling Company. Es un individuo odioso. Acostumbrado a imponer su voluntad. Últimamente, cada semana, se presenta por aquí para discutir con nosotros la marcha del programa. Lee Goldstone ya ha amenazado con abandonar la dirección de «La hora del crimen» si Rampling sigue metiendo las narices. Incluso yo misma me he planteado esa posibilidad. Dick Rampling es un reptil. Por el hecho de que sus dólares hacen posible el programa se considera con derecho a todo.

—Explícate.

Cathy esbozó una sonrisa.

—No es nuevo, David. Yo comencé participando en un concurso de belleza en Los Angeles. Gané el título un día antes a la celebración del certamen. En un motel. Comprendes, ¿verdad? Eran tiempos difíciles y yo quería triunfar. Lo he conseguido. Estoy en la cumbre... y ahora puedo

rechazar las proposiciones obscenas de individuos como Dick Rampling.

Connor consultó su reloj.

—Ya es muy tarde, Cathy. No te molesto más, aunque me temo que volveré a importunarte.

—Cuenta con mi colaboración, David.

Poco más tarde el sargento Connor se encontraba de nuevo frente al volante del «Pontiac».

En dirección a Gavin Street.

Al espeluznante escenario del crimen.

CAPITULO IV

Lo avanzado de la noche no aminoró la actividad reinante en el departamento de Homicidios.

El asesinato de Jessica Randolph no era el único cometido en el día.

No.

Las estadísticas periódicamente divulgadas por la prensa resultaban ciertas. Espeluznantemente verídicas.

En Nueva York se cometían mil delitos diarios, diez asesinatos, veinte violaciones...

San Francisco, aun sin alcanzar tan terrorífico récord, era también una ciudad dominada por la violencia.

Los papeles se amontonaban sobre la mesa escritorio del despacho del sargento Connor.

Los barrió de brusco manotazo.

—¡Al diablo...! Ninguna de estas declaraciones nos proporciona la menor pista. ¡Nadie vio nada!

—Estamos investigando sobre un individuo que con uniforme azul y una caja de herramientas merodeó por Gavin Street. Fue visto en un bar existente frente al 1031 de Gavin Street. Tomó un par de cervezas.

—¿Figuraba el nombre de la empresa en el uniforme?

Cliff Heywood denegó con un movimiento de cabeza.

—Según el propietario del bar, la caja de herramientas no era de las utilizadas habitualmente por operarios de empresas de servicios. Era más bien una caja para bricolaje casero. Estamos investigando en todas las empresas que utilizan uniforme azul en sus empleados. Fontaneros, electricistas, reparadores de TV...

—Sigue con ellos, Cliff.

—Ya casi hemos reconstruido fielmente el asesinato. El individuo entró en el salón utilizando la escalera de incendios. Jessica se encontraba sin duda en el dormitorio. En determinado momento, según declaraciones de uno de los vecinos, se elevó estridentemente el transistor, tocadiscos o televisor. Fue unos pocos segundos. En el salón hay tocadiscos y televisor. Jessica acudió a bajar el volumen. El asesino, oculto, pasó entonces al dormitorio. Allí quitó parcialmente la rosca de la lámpara del techo dejando la estancia en la oscuridad. Cuando Jessica retornó al dormitorio...

—Sí. Entonces cometió la carnicería.

La puerta del despacho se entreabrió.

Un individuo asomó la cabeza.

—Eh, David... Randy Armstrong empieza ya a subirse por las paredes. Desde que llegó no cesa de pedir un abogado y amenazar con...

—Ya le había olvidado —sonrió Connor—, Hazle pasar.

—Está con Arthur Ward.

—Okay. Que entren los dos.

David Connor se reclinó en el sillón giratorio.

Cerró momentáneamente los ojos procediendo a un ligero masaje en las sienes.

—¿Me necesitas, David?

—¿Qué...? ¡Ah, no...! El interrogatorio será rutinario, Cliff. Sigue trabajando en esa lista proporcionada por Joanne Logan.

Cliff Heywood abandonó el despacho.

Cruzándose con dos individuos.

Randy Armstrong avanzó airadamente hacia la mesa escritorio.

Su atractivo rostro, tal vez en demasía, crispado en furiosa mueca.

—¡Maldita sea! ¡No tienen ningún derecho a retenerme aquí! ¡No pueden obligarme a...!

—Cierre la boca, Armstrong.

David Connor no alteró su voz.

Sonó fría.

Cortante.

Hizo enmudecer a Randy Armstrong.

El sargento Connor fijó su mirada en Arthur Ward.

El guionista de «La hora del crimen».

El escritor de thriller más cotizado de Hollywood.

Un individuo de unos cuarenta años de edad. Cabellos grises en los aladares. Rostro de angulosas facciones. Sus ojos protegidos con gafas de montura de oro y cristales adecuados para miopía.

—Tomen asiento.

Sólo Arthur Ward aceptó la invitación del sargento.

Armstrong siguió en pie.

Visiblemente alterado.

—¿Cómo elabora sus guiones, Ward? —Inquirió Connor, encendiendo un cigarrillo—. Me refiero a los correspondientes a «La hora del crimen».

—Pues... lógicamente no son producto de mi imaginación, sino basados en hechos reales. Cada personaje a tratar requiere distinto planteamiento.

—Limítese al programa de hoy. Al caso del estrangulador de Boston. ¿Cuándo realizó el guión?

—Hace poco más de un año. Fue el primero de la serie. Me desplacé a Boston para deambular por las mismas calles frecuentadas por DeSalvo. Consulté archivos y hemerotecas.

Interrogué a testigos, a vecinos de las víctimas, a policías que intervinieron en el caso... Ese es mi método, aunque no siempre puedo llevarlo a cabo. En el guión de Jack el Destripador, cuya identidad jamás fue conocida, todo son hipótesis y conjeturas. Ahí sí doy rienda suelta a mi imaginación; pero en el episodio de DeSalvo todo son hechos reales. Novelados para el gusto de! gran público.

—¿Cuenta con algún colaborador, Ward?

—No, sargento. Ni tan siquiera secretaria o mecanógrafa. Escribo directamente a máquina. Sin apenas correcciones.

—¿Comentó, con anterioridad a hoy, la emisión del capítulo de DeSalvo?

Arthur Ward esbozó una sonrisa.

Movió de un lado a otro la cabeza.

—ignoraba que hoy se emitía el episodio del estrangulador de Boston. Yo me limito a escribir el guión. Luego colaboro, si es requerida mi presencia, con el director del tele-film. Concluido éste, ya no me preocupo de más. Actualmente quedan varios episodios por emitir. Ignoro el orden de programación. Yo sigo trabajando hasta completar los trece de la serie. Ahora estoy con David Berkowitz, más conocido por Hijo de Sam o El asesino del calibre 44,

—¿Con quién comentó usted la programación del episodio de DeSalvo, Armstrong?

Randy Armstrong interrumpió sus cortas y nerviosas zancadas por la estancia.

Se aproximó a la mesa escritorio apoyando las manos sobre la tabla.

—¡Maldita sea...! ¿Se da cuenta de lo absurdo de su pregunta, sargento? ¿Con quién...? ¡Con cientos de personas! No damos a la publicidad el personaje de «La hora del crimen», pero por supuesto es conocido en los estudios y por...

—¿Por qué no esperó junto con Cathy Ross para ser interrogado?

La interrupción y nueva pregunta hizo parpadear a Armstrong.

Mesó nerviosamente su cabello.

—Lo consideré ridículo. Eso es exactamente. ¡Ridículo! Les esperé una hora y luego me largué. No podía perder más tiempo. Tenía una importante cita.

—Lo sé. Mis hombres le encontraron en Stefanis. En compañía de una starlett.

Randy Armstrong enrojeció.

—Eso es asunto mío. ¡Y no pienso contestar a ninguna otra pregunta sin la presencia de mi abogado!

—Por favor, Randy. Cálmate —intervino Arthur Ward—. No estás aquí como detenido. El sargento sólo quiere..!

—Sólo quiero descubrir al asesino —concluyó Connor secamente incorporándose del sillón giratorio—. Al asesino de una indefensa muchacha. De una joven de diecinueve años que hoy ha encontrado una horrible muerte.

Randy Armstrong volvió a vociferar.

Airado.

—En nada puedo ayudarle, sargento. Ese individuo sólo se comunicó con Cathy. Yo estoy al margen. ¡No sé nada ni me importa su maldito caso!

—Todo el que esté relacionado con «La hora del crimen» no es ajeno al asunto.

Armstrong rió.

En desaforada carcajada.

Una desagradable risa no conocida por sus fans.

—Tiene razón, sargento. E¡ programa incrementará aún más su popularidad. Todos hablarán de la muerte de esa muchacha asociándola con la emisión de DeSalvo. Una mayor audiencia para «La hora del crimen». ¿Sabe una cosa? Voy a pedir aumento de sueldo. Gracias a ese asesinato mi cotización...

Randy Armstrong no pudo seguir hablando.

Algo le hizo enmudecer.

La diestra de David Connor que, en súbito y violento trallazo, le golpeó en la boca.

Armstrong retrocedió acusando el impacto.

Más perplejo que dolorido.

Pasó el dorso de la mano derecha por los labios. Sangraba por la comisura de la boca. Un corte apareció en su labio inferior.

—Le..., le denunciaré, sargento..., voy a...

—Lárguese —masculló Connor—. Lléveselo de aquí, Ward.

Arthur Ward, también sorprendido por la violenta acción, obedeció. Tomó del brazo a Armstrong obligándole a abandonar la estancia.

David Connor retornó tras la mesa escritorio.

Encendió un nuevo cigarrillo.

Aquel maldito Armstrong le había sacado de quicio.

Lirio de los agentes asomó la cabeza por la entreabierta puerta.

—¿Café, sargento?

Connor movió afirmativamente la cabeza.

Sí.

Iba a necesitarlo.

La noche no había hecho más que empezar en el departamento de Homicidios.

CAPITULO V

El teniente Jeff Lautter llevaba muchos años al frente del departamento de Homicidios. Pronto se retiraría del servicio. Su jubilación era inmediata. Todos los hombres del departamento le echarían en falta.

Era un buen jefe.

Muy apreciado.

Incluso en sus momentos de máxima dureza.

—¿Estaba borracho, David?

—No, teniente.

—¿De veras? Entonces..., ¿por qué diablos lo hizo? ¿Acaso ignora quién es Randy Armstrong? Nos ha presentado denuncia, David. Y en uno de los informativos de hoy intervendrá desde su canal para hablar de la brutalidad de la policía.

-—Sólo le solté un trallazo. Se lo había ganado.

—¿Qué le ha ocurrido con Ralph Johnson? —Inquirió nuevamente el teniente Lautter—. Hoy Terror Story ha lanzado un número extra. «El asesino frente al televisor» es uno de los titulares de primera plana. También Ralph Johnson le dedica un buen artículo al sargento Connor. Incluida fotografía. Sin duda proporcionada por el canal de televisión. En ella se ve al sargento David Connor contemplando en directo «La hora del crimen». Ralph Johnson le ataca con virulencia, David. Le cataloga como el más inepto del departamento de Homicidios. Un policía que presencia un programa de televisión consciente de que va a cometerse un asesinato y sin que...

Connor interrumpió a su superior:

—Ralph Johnson es un bastardo. Y Terror Story una publicación para tarados.

El teniente no pudo evitar una leve sonrisa.

Asintió.

—En algo estamos de acuerdo, David. Procure moderar sus impulsos. Trataré de solucionar el pleito con Johnson. No es prudente enemistarse con determinados individuos. Su programa es de gran influencia y puede fácilmente volcar toda California contra nosotros. Recuérdelo.

—Sí, teniente.

—Ahora retírese a descansar unas horas. Lleva aquí toda la noche.

Jeff Lautter abandonó la estancia.

Cliff Heywood, hasta entonces en respetuoso silencio, chasqueó repetidamente la lengua.

—El viejo tiene razón, David. Fue un error golpear a Armstrong.

Connor se incorporó del sillón giratorio. Estiró los brazos sin ocultar un ruidoso bostezo.

—¿Sabes una cosa, Cliff?

—Sí. Que volverías a hacerlo.

David Connor rió divertido.

—Correcto. Me conoces bien, muchacho.

—¿Estarás en casa para la hora del almuerzo?

Connor terminó de ajustarse la funda sobaquera. Tomó la chaqueta del perchero.

—Ahora voy a la Rampling Company.

—Yo lo haré, David.

—Tú irás a Sandorf Metals. Interroga a las amistades de Jessica. Puede que entre sus compañeros de trabajo encontremos algo. Ahora, ya con el informe preliminar de la autopsia, sabemos a qué atenernos. El asesino es un sádico sexual. Tal vez rechazado por Jessica.

—Se trata de psicópata, David. Un bastardo que quiso imitar a DeSalvo ultrajando también a su víctima.

—Dudo que eligiera a Jessica al azar. Tiene que haber alguna conexión entre víctima y asesino.

—Okay. Investigaré en la Sandorf Metals.

—Suerte, Cliff. La vamos a necesitar.

David Connor abandonó el edificio donde se emplazaba el departamento de Homicidios.

Se acomodó frente al volante del «Pontiac».

En el asiento contiguo la sirena de alarma. No la acopló sobre la capota del auto.

No era necesario.

El día estaba comenzando.

En la Rampling Company recientemente habían abierto las puertas.

Un nuevo día en la populosa ciudad de San Francisco.

Un día gris.

Húmedo.

Con la clásica neblina que paulatinamente desaparecía por la acción del aún tímido sol.

El tráfico era intenso.

Máximo en aquellas primeras horas de la mañana. El Golden Gate vomitaba infinidad de vehículos sobre San Francisco.

El «Pontiac», pacientemente conducido por Connor, circundó Coolbrith Park adentrándose en Russian Hill.

En Mellor Road se alzaba el edificio de la Rampling Company.

Un bloque de doce plantas. De acristalada y vanguardista fachada. Todo un edificio destinado a los trámites administrativos de la Rampling Company. La empresa de electricidad más importante de California. Sus productos eléctricos invadían todo el país.

David Connor estacionó en el aparcamiento del edificio.

Desde el sótano, uno de los elevadores le condujo a la planta de dirección. Allí fue cortado su paso por un mostrador de recepción.

—Quiero hablar con el señor Rampling.

Tras el mostrador una mujer.

De unos treinta años de edad.

De prominentes senos sólo protegidos por un ceñido suéter. Cada movimiento provocaba un sensual vaivén.

Todo un espectáculo.

La mujer tendió a Connor una hoja.

—Rellene este formulario sin omitir ninguno de los apartados. Motivo de su visita, firma que representa... Se le notificará día y hora en esta misma semana.

—Tengo un método más rápido —sonrió Connor mostrando su credencial—. Sargento Connor, de Homicidios. ¿Quiere comunicar al señor Rampling mi presencia?

La mujer no replicó.

Giró para manipular en la centralilla telefónica.

Segundos más tarde dedicaba a Connor una sensual sonrisa.

—Okay, sargento. Puede pasar. La tercera puerta del corredor.

David Connor avanzó por el moquetado pasillo.

La tercera puerta estaba abierta.

Era una reducida antesala.

Una pequeña mesa escritorio.

Y tras ella una joven.

De extraordinaria belleza.

—Tome asiento, sargento —invitó la muchacha—. El señor Rampling le recibirá en seguida.

—Gracias.

Connor se acomodó en una de las butacas de armazón metálico matizadas en eskay gris.

Fijó su mirada en la joven.

Sí.

Endiabladamente bella.

El tal Rampling sabía rodearse de buenos ejemplares. La puerta del fondo permanecía cerrada. No obstante en la antesala era audible la estridente voz.

Alguien estaba recibiendo una dura reprimenda.

La puerta se abrió.

La voz sonó ahora aún más potente.

—¡Es usted un inútil, Goldman! ¡Un perfecto inútil! ¡Vuelva aquí y retire el portafolios!

—Sí, señor Rampling...

El hombre que permanecía junto a la puerta se adentró de nuevo desapareciendo a la mirada de Connor.

Una vez más la voz de Dick Rampling:

—¡Lárguese! ¡No moleste más!

—Sí, señor Rampling..., disculpe, señor Rampling...

El individuo retrocedió de espaldas cerrando la puerta. Al girar se enfrentó

con las miradas de Connor y la joven.

Enrojeció.

En su nerviosismo casi hace caer el portafolios de sus manos. Forzó una sonrisa.

—El señor Rampling no está hoy de buen humor...

David Connor correspondió compasivo a la sonrisa.

Consciente de la humillación sufrida por el individuo.

Un hombre joven. De unos treinta años de edad. Pulcramente vestido. Con un esmero que casi resultaba repelente.

Se alejó con la cabeza inclinada.

La muchacha recibió una señal por el interfono.

—Puede pasar, sargento.

David Connor penetró en la estancia contigua.

Un lujoso despacho con amplio ventanal.

Dick Rampling le espera en pie. Tras la artística mesa escritorio. Tendió su diestra.

Estrecharon sus manos.

—Siéntese, sargento...

—Connor. David Connor.

Connor se hundió en uno de los confortables sillones situados frente a la mesa.

Dick Rampling también dejó caer su voluminosa humanidad en el sillón emplazado tras la mesa.

Frisaba en los cincuenta años de edad. Descomunal figura. Con un peso cercano a las trescientas libras. Rostro mofletudo, adiposo, con grandes bolsas de carne bajo los ojos. Sus dedos, gruesos como morcillas, hacían ostentación de valiosas sortijas.

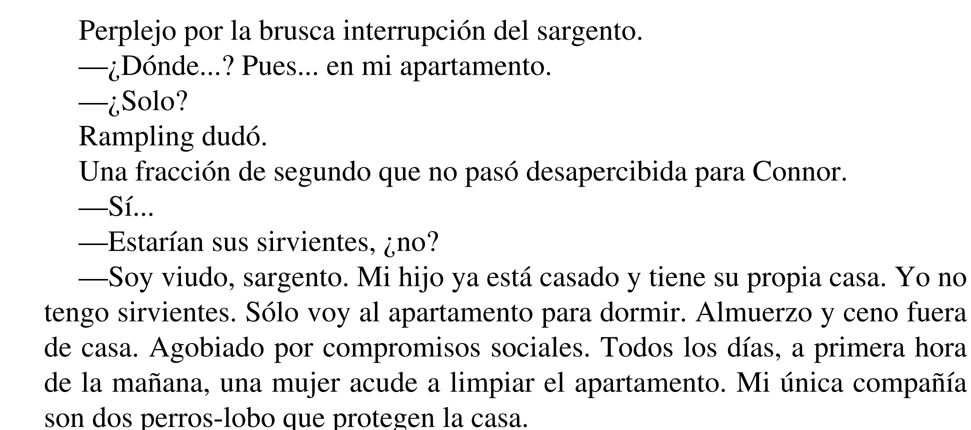
—Estoy rodeado de inútiles, sargento. En ocasiones me sorprendo de estar todavía en la cumbre. Es difícil con empleados como Saúl Goldman. Le ha visto salir, ¿verdad? Lleva con nosotros dos años. Con su flamante título de abogado solicitó un empleo en el departamento de Contabilidad. Y allí sigue. Sin haber prosperado lo más mínimo. Otros, con menor preparación y en menos tiempo, han escalado puestos de dirección. Goldman es... —Dick Rampling hizo una pausa. Sacudió su voluminosa cabeza a la vez que esbozaba una sonrisa—. Disculpe, sargento. Su visita obedece a un grave caso, ¿no es cierto?

—Correcto, Rampling.

—Le esperaba. Ayer presencié mi programa. Bueno..., la emisión patrocinada por la Rampling Company. Al recibirse aquella llamada creí que se trataba de un truco más de Randy Armstrong para incrementar la emoción. Permanecí frente al televisor y, desgraciadamente, llegaron más noticias. La muerte de esa joven... Algo horrible. He leído los periódicos y...

—¿Dónde vio la televisión, Rampling?

Dick Rampling parpadeó.



Perplejo por la brusca interrupción del sargento.

—¿Dónde...? Pues... en mi apartamento.

—¿Solo?

Rampling dudó.

Una fracción de segundo que no pasó desapercibida para Connor.

—Sí...

—Estarían sus sirvientes, ¿no?

—Soy viudo, sargento. Mi hijo ya está casado y tiene su propia casa. Yo no tengo sirvientes. Sólo voy al apartamento para dormir. Almuerzo y ceno fuera de casa. Agobiado por compromisos sociales. Todos los días, a primera hora de la mañana, una mujer acude a limpiar el apartamento. Mi única compañía son dos perros-lobo que protegen la casa.

David Connor encendió un cigarrillo.

Exhaló una bocanada de humo.

Manteniendo la mirada fija en su interlocutor.

—Supongamos que necesitara una coartada para la tarde de ayer, Rampling. En especial para el tiempo de programación de «La hora del crimen».

—¿Está bromeando, sargento?

—Después de ver el cadáver de Jessica Randolph difícilmente se puede bromear, Rampling. ¿Conocía a la joven asesinada?

—¡No, maldita sea!

Los ojos de Connor adquirieron un brillo burlón.

Satisfecho de haber alterado al magnate.

—Era empleada en la Sandorf Metals. ¿Mantiene alguna relación comercial con esa empresa?

—¿La..., la Sandorf Metals? —El grasiento rostro de Rampling, pese al buen funcionamiento del aire acondicionado, se perló de diminutas gotas de sudor—. Sí, es uno de nuestros proveedores.

David Connor casi saltó de! asiento.

Había formulado una pregunta rutinaria.

No esperaba gran cosa.

Sin embargo...

Allí estaba.

Sus sospechas habían resultado ciertas. Había una relación entre víctima y asesino.

La existente entre la Rampling Company y la Sandorf Metals.

—¿Conocía usted la programación del episodio de DeSalvo para la tarde de ayer?

—Sí.

—¿Quién más? ¿Quién más de la Rampling Company?

—Nadie más.

—¿Ni tan siquiera en su departamento de publicidad?

Dick Rampling denegó con un movimiento de cabeza.

—El patrocinar «La hora del crimen» me fue ofrecido por una agencia privada de publicidad. Ajena a mi departamento de relaciones públicas. Últimamente soy yo quien decido el personaje a emitir en el programa.

—¿Por qué?

—Bueno, yo... me gusta deambular por el mundo de la televisión.

—Especialmente en torno a Cathy Ross.

Rampling enrojeció vivamente.

Sus facciones se crisparon.

Parecía próximo a un ataque de apoplejía.

—¡Oiga, sargento...! Si insinúa...

—¿Insinuar? No, Rampling. Cathy Ross me comentó el asedio a que fue sometida.

—¿Y qué? —Terminó por reconocer Rampling—. ¡No es ningún delito intentar obtener los favores de una mujer!

—En absoluto. Sólo depende del método. ¿Está seguro de que sólo usted, en la Rampling Company, conocía la programación del capítulo de DeSalvo?

—Sí.

David Connor se incorporó.

Le imitó el magnate. Con torpes movimientos. Con una lentitud propia de su voluminoso cuerpo.

—¿Qué departamento de la Rampling Company es el que mantiene habitual contacto con Sandorf Metals? —inquirió el policía.

—Son varias las secciones. No puedo concretarle...

—Enviaré a un agente. Le agradecería tenga preparada una relación de los departamentos que contactan con Sandorf Metals.

—Cuente con ello. Soy el primer interesado en que se descubra al asesino, sargento.

Dick Rampling tendió nuevamente su diestra.

Connor, muy a su pesar, estrechó la mano del magnate.

Una mano desagradablemente fría.

Húmeda...

* * *

David Connor entornó los ojos.

Perplejo.

No esperaba tan agradable encuentro.

Christine Johnson estaba apoyada en la parte delantera del «Pontiac».

En el aparcamiento de Rampling Company.

—Hola, David.

La sonrisa de la muchacha resultó para Connor más luminosa que los incipientes rayos del sol.

—¿Qué haces aquí?

—Llamé a tu departamento. Cliff me dijo que acababas de salir hacia la

Rampling Company y que luego descansarías' hasta la hora del almuerzo.

—Sí, ésa es mi intención. ¿Dónde está tu auto?

—He tomado un taxi hasta aquí. Contaba con regresar a tu lado.

—Será un placer, Christine —Connor abrió la portezuela del auto apartando la sirena de alarma—. Adelante.

La joven se acomodó en el asiento.

Lucía un *shirt* azul claro muy ceñido a sus erectos senos. La falda quedó a mitad del muslo.

David Connor, después de una larga y complaciente mirada a las piernas femeninas, se situó frente al volante.

Maniobró para salir del aparcamiento.

Minutos más tarde circulaba por Mellor Road.

—¿Y bien, Christine?

—¿Qué?

Connor sonrió.

—Sigo esperando tu respuesta. ¿Qué hace una bella muchacha perdiendo el tiempo con un vulgar policía?

—Somos amigos, ¿no?

—¿Qué ocurre, Christine?

La joven ahogó un suspiro.

Sus senos hincharon al máximo el ajustado shirt.

—De acuerdo, David. Aquí tienes el motivo.

Christine abrió su amplio bolso.

Mostró un ejemplar del extra lanzado por Terror Story,

David Connor, sin descuidar la conducción del vehículo, dirigió una superficial mirada a la portada.

Destacaba un titular en letras rojas:

«El asesino frente al televisor.»

Más abajo la columna fija dedicada a entrevistar a la bella de turno. La fotografía, por supuesto, en traje de Eva.

—¿Lo has leído, David?

—¿Yo? ¡Ni borracho! Eso es basura, Christine.

—Mí hermano Ralph te dedica un artículo.

—Muy amable.

—Es..., es un ataque muy violento contra ti, David, hace un resumen de tu historial profesional. Destaca en especial tu participación en el caso Damas de noche, ¿lo recuerdas?

Connor rió en sonora carcajada.

—¡Seguro! El asesino de las damas de noche. Un individuo que se dedicaba a liquidar prostitutas en el barrio Schell. Fue hace un par de años. Poco después de mi ingreso en Homicidios.

—Mi hermano escribe que durante tres días te convertiste en el..., el protector de una prostituta llamada Betsy Hiller. Desempeñando a la perfección tu trabajo.

—Cierto. ¿Dice también que eso me permitió cazar al asesino?

—No...

—Lo suponía.

—Hay algo más, David. Otros ataques. Todos destinados a desacreditar al sargento Connor. Creo que incluso puedes demandarle legalmente.

—Comprendo. Eso te ha hecho llegar hasta mí.

—Sí, David. Tú no demandarás a Ralph. No es tu método.

—Correcto.

—¿Cuál será tu reacción?

—Sé lo que temes. Que vaya junto a Ralph y le haga tragar los dientes.

—Sí, David.

—Tranquila, pequeña. Estoy demasiado ocupado para molestarme por los nauseabundos artículos de tu hermano.

—Gracias, David.

—¿Dónde quieres que te deje?

—¿Vas ahora a tu apartamento?

—Ahá.

—¿A dormir unas horas?

David Connor aprovechó un stop para encender un cigarrillo. Lo succionó repetidamente.

—No. Ayer no pegué ojo en toda la noche. Si ahora me acuesto un par de horas me levantaría en peores condiciones. Me limitaré a una estimulante ducha.

—Puedo darte un masaje, David?

—¿Tailandés?

—No lo he hecho nunca, pero puedo intentarlo.

Connor fijó su mirada en la muchacha.

Intensamente.

—¿Estás hablando en serio, Christine?

—Totalmente.

—Por Ralph, ¿no? No necesitas pagarme el...

—No sigas o te arañaré, David. Ayer, en los estudios de televisión, pensaba reunirme contigo al finalizar el programa.

Ese monstruoso crimen te hizo marchar. Por dos veces algo se interpone entre nosotros. ¿Cuál es tu respuesta?

David Connor no contestó.

Se limitó a tomar la sirena y acoplarla sobre la capota del auto.

Aquello le permitiría llegar al apartamento en el menor tiempo posible.

CAPITULO VI

El rostro de Jennifer Scott aún acusaba una cierta somnolencia.

Se había acostado muy tarde.

Como todas las noches.

Después de su última actuación de strip-tease en The Kangaroo.

Aún estaba en el cuarto de baño cuando sonó reiteradamente el llamador de entrada.

Jennifer profirió una soez maldición.

Muy poco femenina.

Se incorporó de la bañera alargando la mano hacia la bata colgada de uno de los salientes.

El cuerpo de la mujer se mostró perlado por gotas de agua. Los exuberantes senos se mantenían prodigiosamente firmes y erguidos. El vientre liso, cintura cimbreante, caderas ampulosas y piernas de largos muslos.

Un cuerpo seductor que noche tras noche era admirado en la pista de The Kangaroo.

Jennifer anudó la bata.

Avanzó hacia el living.

Descalza.

Entreabrió la puerta sin quitar la cadena de seguridad.

—¿Qué quiere?

El hombre sonrió cordial. Lucía un uniforme azul. En su diestra una caja de herramientas.

—¿Jennifer Scott... 942 de Tiffin Street...?

—Sí, yo soy.

—Vengo a cambiarle el magnetotérmico.

—¿Cómo?

—La caja reguladora de la tensión eléctrica. Avisó para que fuera reemplazada, ¿no es cierto?

Jennifer rió divertida.

—¡Ah, sí...! El automático... No le esperaba tan pronto —la mujer quitó la cadena de seguridad—. ¿Cuánto tiempo le llevará el instalarlo?

El hombre de azul penetró en el apartamento.

—Unos quince minutos.

—Bien. Aprovecharé para vestirme. Acabo de salir del baño y...

—Ya me he percatado.

La mirada del individuo estaba fija en el pronunciado escote de la bata. En el nacimiento de los senos femeninos todavía húmedos y con surcos de agua.

Jennifer se estremeció.

La mirada de aquel hombre resultaba repulsiva. Enfermiza. Marcadamente lasciva.

—Ahí tiene el..., el automático —Jennifer señaló una de las paredes del

living donde se emplazaba una rectangular caja en lo alto—. Si necesita algo toque el timbre que...

La mujer se interrumpió.

Sorprendida por el extraño sonido.

Procedente de la caja de herramientas.

Un sonido agudo y penetrante.

Como el chillido de una rata.

—¿Qué..., qué ha sido eso?

—¿El qué?

—¿No ha oído...? Me pareció... Procure terminar lo antes posible. Tengo que salir.

Jennifer se alejó nerviosamente por el corredor. Se introdujo en una de las habitaciones cerrando tras de sí. Se escuchó el ruido del pasador al ser ajustado.

Aquello hizo sonreír al individuo de azul.

Dejó la caja de herramientas en el suelo.

De uno de los bolsillos extrajo unos guantes de goma.

Desde el living se divisaba parte del salón-comedor. En uno de los muebles un radiocasete.

El hombre avanzó lentamente.

Su enguantada mano pulsó uno de los mandos del radiocasete. Música clásica, Sonatas para piano. *La Apassionata*, de Beethoven.

Dio el máximo volumen al aparato.

Retornó al corredor situándose junto a la puerta.

La hoja de madera no tardó en abrirse.

Jennifer aún seguía con la bata. Había peinado su cabello y recogido tras la nuca.

—¡Oiga...!

Jennifer enmudeció bruscamente al encontrarse con el individuo y sentir la punzante hoja metálica sobre su garganta.

—Silencio, muñeca... ¿No te gusta Beethoven?

—¿Qué..., qué significa esto? —Tartamudeó la mujer—. ¿Se ha vuelto loco?

El individuo sonrió.

En feroz mueca.

—Adentro, muñeca. Obedece.

Jennifer retrocedió hacia el interior de la habitación.

El hombre tras ella.

Sin separar el cuchillo del cuerpo de Jennifer.

—Un solo grito y eres cadáver. Quítate la bata.

—Oiga, amigo..., no es necesaria la violencia —Jennifer forzó una sonrisa. Procurando dominar su miedo—. Yo..., yo soy una mujer complaciente. Por unos pocos dólares puede admirar mi cuerpo en el club The Kangaroo. Hago strip-tease, ¿sabes? Apuesto a que sólo tratas de ahorrarte esos dólares y...

—Hablas demasiado, muñeca.

Jennifer se despojó de la bata.

Su turbadora desnudez no pareció impresionar al individuo'.

Parecía contrariado.

Inquieto.

—Trabajas en un club... haciendo strip-tease...

—Sí, cariño.

El movimiento del hombre fue rápido.

Inesperado.

La punzante hoja bajó desde el cuello al vientre de Jennifer. En diagonal. Por encima de los senos femeninos. Dibujando un largo y fino trazo sanguinolento.

Jennifer gritó, pero un brutal puntapié al bajo vientre la hizo doblar y caer semidesvanecida. Abrió la boca. Desmesuradamente. En busca de aire. Dominada por el dolor.

—Asquerosa furcia..., eso es lo que eres —jadeó el individuo—. Una furcia...

El hombre tomó el cordón de la bata.

Tendió a Jennifer de bruces sobre el suelo llevando sus manos a la espalda y atando fuertemente las muñecas.

Sobre la mesa de noche descubrió un paquete de algodón.

Utilizó parte de él para taponar la boca de Jennifer.

Los ojos de la mujer reflejaban un indescriptible pánico. Aterrorizada por las demoníacas facciones de su atacante. Era como enfrentarse al mismísimo Satanás.

El hombre abandonó el dormitorio apareciendo a los pocos segundos con la caja de herramientas.

La depositó en el suelo.

Sus enguantadas manos atraparon los cabellos de Jennifer.

Tiró de ella hacia el contiguo cuarto de baño.

—Vas a recibir un buen escarmiento, muñeca —1a voz del individuo sonó ronca. Entrecortada—. Espero que todas las rameras aprendan la lección.

La bañera aún estaba con agua.

Manipuló en ambas llaves hasta hacerla rebosar.

Tomó entonces a Jennifer arrastrándola hacia el interior del baño. Gran cantidad de agua se desbordó.

La mujer pataleó hasta conseguir sacar la cabeza a flote.

El individuo rió divertido.

Acudió a coger la caja de herramientas.

Se sentó en el borde de la bañera.

—¿Sabes qué guardo aquí, muñeca? Son dos pequeños animales...

Por segunda vez Jennifer escuchó aquel sonido.

Un chillido lastimero.

Penetrante.

Era...

Sí.

Ahora estaba segura.

El chillido de una rata.

—Apuesto a que lo has adivinado —rió el individuo en cruel carcajada—. Son dos ratas. Yo mismo las he seleccionado. Durante horas deambulé por una cloaca hasta conseguir cazarlas. Estaban lustrosas, gordas, con un bonito pelaje gris... Las he mantenido varios días sin comer. Sin probar el mínimo alimento. Ayer tuve que separarlas. Parecía que iban a devorarse mutuamente. Sí, muñeca. Están hambrientas. Muy hambrientas...

Entreabrió la caja de herramientas.

El chillido de las ratas fue ahora estridente. Asomaron sus nauseabundas patas pugnando por salir.

Jennifer desorbitó los ojos.

Con el rostro desencajado.

Desdibujado por el terror y la angustia.

El hombre se incorporó.

Volcó la caja de herramientas.

Las dos ratas cayeron en la bañera.

Dos ratas grandes. De saliente hocico y larga cola. De un repulsivo pelaje gris.

Comenzaron a chapotear.

Al igual que Jennifer.

La mujer pataleó desesperadamente para arrojar de la bañera a las dos ratas. Incapaz de auxiliarse con las manos, resbaló sumergiendo su cabeza en el agua.

Al salir nuevamente a la superficie una de las ratas se había situado a escasas pulgadas de su rostro.

Lanzó sus patas delanteras aferrándose a los cabellos femeninos.

Jennifer se sumergió ahora voluntariamente.

Con la esperanza de librarse así del repugnante animal.

No lo consiguió.

Cuando sintió sus pulmones próximos a estallar, retornó en busca de aire.

Y ahora le esperaba la segunda rata.

Con estridente chillido se lanzó sobre el desencajado rostro de Jennifer, sobre sus desorbitados ojos...

La espeluznante escena era contemplada por el hombre de azul, que reía en desaforada carcajada.

CAPITULO VII

Christine se estremeció.

Se apretujó aún más contra David Connor.

Sus bocas se unieron por enésima vez.

En largo y profundo beso.

David Connor mordisqueó los gordezuelos labios femeninos a la vez que sus manos se deslizaban acariciadoras por la espalda de la joven.

Christine se incorporó.

Nerviosamente.

La penumbra reinante en la estancia no ocultó por completo la belleza de su cuerpo.

Se inclinó para recoger su ropa diseminada por el suelo.

Desapareció en el contiguo cuarto de baño.

David Connor siguió todos sus movimientos con burlona mirada. Tendió su diestra hacia la mesa de noche atrapando la cajetilla de tabaco.

Christine fue rápida en vestirse.

Apareció cuando Connor terminaba el cigarrillo.

—¿Aún sigues ahí, David? Oye..., tengo la máquina en el bolso. ¿Me permites una fotografía?

—¡Seguro! Es lo único que me faltaba. ¿Imaginas el titular de tu hermano? «El sargento Connor convertido en actor porno.»

Los dos rieron alegremente.

—Voy a echar un vistazo a tu frigorífico. No te demores, David.

—Okay.

Christine abandonó la habitación.

David Connor saltó del lecho acudiendo al cuarto de baño.

Accionó la llave del agua fría. Durante unos minutos permaneció bajo la estimulante ducha. Después procedió a un esmerado afeitado.

Seleccionó nueva ropa de! armario.

No olvidó ajustarse la funda sobaquera junto con el inseparable revólver del treinta y ocho.

Se encaminó hacia la cocina.

Christine había preparado unos bocadillos y condimentado unos alimentos congelados.

—No tenía mucho donde elegir, David. ¿Cómo puedes vivir en semejante abandono?

—Casi siempre almuerzo en el departamento o en el bar más cercano. Al igual que !as cenas.

—Necesitas una mujer que te cuide.

—¿Alguien como tú, Christine?

—¿Por qué no?

Connor abrió una de las latas de cerveza.

Tomó asiento j unto a la muchacha.

—Eres inteligente, Christine. No te creo capaz de unir tu vida a la de un policía.

—Tienes un gran futuro, David. Pronto ocuparás el puesto del teniente Lautter. Eres el más capacitado para ello.

—¿Te lo ha dicho tu hermano?

Christine volvió a reír en cantarina carcajada.

Dieron buena cuenta de los bocadillos y del combinado.

La joven rebuscó en su bolso la cajetilla de tabaco mentolado.

—¿Qué es eso? —inquirió Connor.

Christine le tendió el libro.

Un volumen de bolsillo.

—La última novela de Arthur Ward, The Wolf-man. Fue publicada hace apenas unos tres meses y ya ha alcanzado la segunda edición. Un auténtico best-seller en el género de terror. Sin lugar a dudas una de las mejores novelas de Arthur Ward. Eso pienso decir en mi crónica. Ya sabes que llevo la sección literaria en Tele-Show 80.

Connor fue pasando las hojas del libro.

Con escepticismo.

Leyendo cortos párrafos.

—¿Tan bueno es?

—Ahora, sí,

—¿Qué quieres decir?

Los carnosos labios de Christine succionaron el «*Merit-Menthol*».

Exhaló una bocanada.

—Arthur Ward, hasta que inició su colaboración en «La hora del crimen», era un escritor del montón. Novelas policíacas y de espías: Era un vulgar y mal imitador de Spillane y Hadley Chase. Fue a raíz de su trabajo como guionista en «La hora del crimen» donde destacó por sus temas de terror. Paralelamente a su labor en televisión comenzó a publicar originales de terror. Trademark, The Mask, Slaughterhouse, The Scarecrow... y últimamente The Wolf-man. Cinco pequeñas obras maestras. Ahora también requieren sus trabajos en Hollywood.

Connor chasqueó la lengua.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—Su prosa me parece vulgar. Propia de escritores de novela barata. Aquí mismo... «Vas a morir, muñeca. Al igual que el bastardo de McDowell. Antes te haré mía. Disfrutaré de tu cuerpo antes de convertirlo en una masa deforme y sanguinolenta. No intentes huir. Es inútil, muñeca. Satanás te espera...»

Christine sonrió.

—Por supuesto, no es para intelectuales, pero los personajes de Arthur Ward son basura. Seres marginados, asesinos, prostitutas... Su lenguaje es el adecuado a las circunstancias.

—Muñeca..., muñeca..., muñeca...

—¿Qué ocurre, David?

Connor hizo pasar hojas del libro.

Deteniéndose en alguna de ellas.

—Esa palabra... «muñeca»... la repite constantemente.

—Cierto. Al igual que la de bastardo. Es frecuente en escritores de este tipo. Muñeca, nena, encanto, amor... Son hábitos. Determinadas palabras, hechos, costumbres... Frank Brooks, un buen novelista, siempre presenta al protagonista como agente del FBI, siempre bebe cerveza con ginebra, siempre fuma «Winston»... Distintos personajes, pero siempre con iguales características. La fórmula tiene éxito. Al lector le gusta.

—¿Puedo llevarme la novela?

Christine arqueó una ceja.

Perpleja.

—¿Vas a leerla?

—No dispongo de tiempo, pero en el departamento de Homicidios tenemos un especial asesor literario. Te sorprendería conocer el resultado de algunas de sus críticas —Connor consultó su reloj—. Bien... Debo irme.

—También yo debo acudir a la redacción.

—Christine...

—¿Sí, David?

—No olvidaré estas horas. Estos momentos que hemos compartido. Las llamadas al departamento de Homicidios son siempre las mismas. Violencia, sangre, muerte... Difícilmente puede uno evadirse de ellas. Tú lo has conseguido. Tú me has hecho olvidar. Gracias por ella, Christine.

Connor alzó suavemente la barbilla de la muchacha. Besó los húmedos labios femeninos.

Consciente de que el hechizo terminaba.

De que nuevamente volvía a enfrentarse con los violentos habitantes de la jungla de asfalto.

CAPITULO VIII

David Connor pulsó la palanca.

El magnetófono se puso en funcionamiento.

«—Hola, Cathy...

»—Adelante, señor. ¿Cuál es la pregunta?

»—¿No recuerdas mi voz, muñeca?»

Una tensa pausa.

«—Por favor, señor. Tenemos el tiempo muy limitado. Si no desea formular ninguna pregunta le ruego que...

»—Es una respuesta lo que quiero dar. Yo soy el número uno, muñeca. Digno de figurar con todos los honores en "La hora del crimen". Pronto lo demostraré. Ya he empezado a... trabajar. Avisa a la policía, Cathy. Y a la prensa. Incluso a las cámaras de televisión. Acudid todos al 1.031 de Gavin Street. Apartamento 20C. He dejado allí un cadáver- puzzle.»

Connor desconectó el aparato.

Aplastó el cigarrillo fijando su mirada en Cliff Heywood.

—Bien, Cliff. Esta es la grabación que nos fue proporcionada por televisión. La parte más interesante para nosotros. El diálogo entre el asesino y Cathy Ross. Esa palabra... «muñeca»... En tan breve conversación la repite un par de veces. ¿Cuántas en The Wolf-man?

Heywood sonrió.

—Cuarenta y seis.

—Y siempre en boca del asesino, ¿no es cierto?

—Correcto. Oye, David... Adivino adónde quieres llegar, pero puedo proporcionarte otras estadísticas. Infinidad de autores del género policíaco utilizan ese término. Puedo darte una amplia relación de ellos.

—¿También vinculados a «La hora del crimen»? ¿Con tanta frecuencia...? No, Cliff. En Arthur Ward resulta muy sospechosa esa circunstancia. Opino que...

Se abrió la puerta del despacho.

Un individuo de pelo rojizo se adentró en la estancia depositando unos papeles sobre la mesa escritorio.

—Es el informe del laboratorio, David. Concerniente a la sierra que desmembró el cuerpo de Jessica Randolph. La hemos identificado. Un modelo de reciente aparición en el mercado. Una ligera sierra automática que funciona a red y pilas. Un modelo exclusivo de la Rampling Company.

David Connor dio un respingo.

Al igual que su compañero Heywood.

—¿Estás seguro?

—Totalmente, David.

El individuo se retiró dejando a Connor que leyera los papeles presentados. Un exhaustivo estudio del arma homicida. La hoja dentada que seccionó los

huesos. Una microfotografía, posteriormente ampliada, mostraba los relieves dejados por la hoja metálica utilizada por el asesino. En otra fotografía la sierra eléctrica patentada por la Rampling Company.

Los salientes de la dentada hoja eran iguales.

David Connor tendió el informe a su compañero.

—Se cierra el círculo, Cliff. Buscamos a alguien relacionado con «La hora del crimen» y la Rampling Company.

—¿Cuál es tu sospechoso?

—El hecho de que el asesino conociera la emisión del capítulo de DeSalvo es muy...

Una llamada telefónica interrumpió las palabras de Connor.

No procedía del interfono, sino de un teléfono rojo situado a la izquierda del sargento.

Atrapó el micro.

—Homicidios. Sargento Connor.

La conversación fue breve.

El rostro de David Connor palideció mientras su diestra aferraba con fuerza el auricular.

—Vamos de inmediato —masculló Connor colgando furiosamente el teléfono.

—¿Qué ocurre, David?

Connor se había precipitado sobre el perchero recogiendo la chaqueta.

—Una mujer ha sido asesinada en Tiffin Street. El caso parece guardar cierta similitud con el de Jessica Randolph.

Cliff Heywood no hizo ninguna otra pregunta.

Corrió tras su compañero.

Minutos más tarde el ulular de una sirena pugnaba por romper el intenso tráfico reinante en las calles de San Francisco.

Cliff Heywood iba cursando las oportunas órdenes por la radio del auto.

Frente al 942 de Tiffin Street había ya dos coches de la Metropolitan Pólice con la luz roja giratoria sobre la capota. Agentes uniformados trataban de dispersar a los curiosos que se agrupaban a la entrada.

El «Pontiac» se detuvo con estridente chirriar de frenos.

David Connor Y Cliff Heywood se adentraron en el edificio.

Cuarta planta.

Un patrullero, un joven de unos veinticinco años de edad, estaba junto a la puerta de entrada al apartamento. Su palidez era cadavérica. Estaba temblando. Sudoroso.

Otro agente avanzó por el corredor.

Un veterano de la Metropolitan Pólice.

—Aquí, sargento. En el baño del dormitorio. Procure controlar las náuseas. El espectáculo es para vomitar hasta la primera papilla.

David Connor no hizo ningún comentario.

Pasó al dormitorio.

Seguido del también silencioso Cliff Heywood.
La puerta del cuarto de baño aparecía abierta.
David Connor, aunque preparado para lo peor, retrocedió instintivamente. Se apoyó en el marco de la puerta.
¿Náuseas...?
No.
Odio.
Sólo odio.
Por primera vez se reconocía dominado por la ira. El odio. El deseo de venganza...
De enfrentarse en aquel momento con el asesino le hubiera vaciado el cargador en la cabeza.
Sin darle la menor oportunidad de defensa.
El asesino...
El mismo que mató a Jessica Randolph.
No había duda.
No por la frase en latín escrita en el espejo del baño.
Su modus operandi le descubría.
Su satánica y monstruosa forma de matar.
Ya habían llegado los de dactiloscopia.
Ya funcionaban los flash para dejar testimonio de la espeluznante escena.
Jennifer Scott...
Lo que quedaba de ella.
Su rostro resultaba irreconocible.
Mantenía las manos atadas a la espalda.
La cabeza doblada y semihundida en el agua.
Las piernas grotescamente abiertas.
.Sobre el agua flotaban dos ratas. Muertas. Desmesuradamente hinchadas. Parecían próximas a estallar.
—¿Ve esa señal en las ratas, sargento? Sin duda unas tenazas. Aprisionó a cada una de las ratas sumergiéndolas hasta ahogarlas. Después de que se saciaran con la infortunada mujer.
—¿Fueron...?
Connor fue incapaz de terminar la pregunta.
El forense asintió.
—Sin ninguna duda, sargento. Esas dos ratas devoraron parcialmente el rostro de la mujer. En mi informe determinaré con certeza las causas de la muerte. Me inclino por la asfixia. Creo que prefirió morir ahogada a... ¡Cielos...! Esto es lo más monstruoso que...
El forense giró.
Tampoco pudo terminar la frase.
Todo el equipo policíaco allí presente mantenía un tenso silencio. Impresionados por el espeluznante crimen.
Connor fijó la mirada en las letras de molde escritas sobre el espejo:

«*Abyssus abyssum invocat.*»

«El abismo llama al abismo.» Salmos, 41,8.

Cliff Heywood llegó con una libreta de apuntes.

—Fue una vecina la que descubrió el cadáver, David. Le llamó la atención ver la puerta de entrada abierta. Hay algo más. Un individuo con un uniforme azul y una caja de herramientas fue visto por unos niños que jugaban a la entrada del edificio.

—Localiza a Arthur Ward y Llévale al departamento.

—¿Bajo qué acusación? Legalmente no podemos...

—¡Al diablo con eso! —Vociferó Connor dominado por los nervios—. ¡Lo quiero en el departamento!

Uno de los detectives adscritos en la sección de Homicidios llegó procedente de la cocina.

—Echa un vistazo a esto, David.

Connor tomó la cartulina.

En la parte superior destacaba el emblema de la Rampling Company. Era una de las tarjetas utilizadas por el servicio de asistencia técnica e instalaciones eléctricas.

David Connor entornó los ojos.

Una dura mueca asomó a su rostro.

—Te estamos cercando, bastardo...

CAPITULO IX

El teniente Jeff Lautter se encontraba en el despacho.

Junto con Connor y Heywood.

Escuchando con atención las palabras del doctor Haskell Flecher, psiquiatra y criminólogo perteneciente al FBI:

—Esas frases en latín, aunque escritas en letras de molde, no ocultan totalmente el carácter del individuo. Es un psicópata. La psicopatía es una anormalidad permanente en el carácter. No es una enfermedad progresiva, como la psicosis, ni tampoco un defecto intelectual como la deficiencia mental. El psicópata es poseedor de una personalidad anormal. Me aventuro a afirmar que nuestro hombre es del tipo leptosomático. Reconcentrado en sí mismo. Su primera frase en latín trata de demostrar lo injusto de no valorar su superioridad. En la segunda justifica sus actos.

Haskell Flecher hizo una pausa.

Al no serle formulada ninguna pregunta, prosiguió:

—La técnica homicida del leptosomático es fría, calculadora e inteligente. Procura no dejar huellas. Una muestra más de su poder desafiando a la policía. Me inclino por catalogar su psicopatía como depresiva-circulante.

—Aclare ese punto —solicitó el teniente Lautter.

—El psicópata pasa de un extremo melancólico, depresivo o sensible al maniaco y agresivo. Es una vertiginosa rueda giratoria que puede incluso no detenerse jamás cancelando así toda peligrosidad en el individuo. En este caso la rueda se ha detenido por el extremo agresivo. Algo ha estallado en su mente impulsándole a salir del anonimato y demostrar su grandeza con esos dos monstruosos crímenes. La llamada telefónica a «La hora del crimen», su promesa de superar las... hazañas de DeSalvo... De un estado inseguro ha pasado a una hipervaloración del yo. Terminaré con las características físicas generales en los leptosomáticos. Alto y delgado, piel pálida, hombros estrechos, manos húmedas de finos dedos... Nada más puedo añadir por el momento. Seguiré investigando.

—Gracias, Flecher.

Haskell Flecher, antes de abandonar la estancia, correspondo con leve sonrisa al teniente. Este se aproximó a la mesa escritorio.

—¿Se sigue sin localizar a Arthur Ward?

—Sí, teniente —contestó Heywood—, Uno de los agentes quedó vigilando su apartamento.

—No comparto su teoría, Connor; pero reconozco que no tenemos otra mejor. ¿Consiguió hablar con el operario que extendió la cartulina a Jennifer Scott?

David Connor asintió con un movimiento de cabeza.

—Casualmente estaba de servicio en la Rampling Company. Perry Bancroff es su nombre. Le he interrogado. Jennifer Scott telefoneó a la

sección de averías. Se personó Bancroff. El Magnetotérmico se había quemado y había que sustituirlo. Perry Bancroff prometió hacerlo la semana entrante.

—Sin duda el asesino se hizo pasar por operario de la Rampling Company para entrar en el apartamento de Jennifer —argumentó Heywood—. Tenía acceso al talonario de avisos o Perry Bancroff le comentó algo.

—Tal vez ambas hipótesis.

—¿Qué quiere decir, Connor? —inquirió el teniente.

—Perry Bancroft es un individuo de unos cuarenta y cinco años. Padre de cinco hijos. Un tipo alegre y conversador. Al preguntarle si había comentado con alguien la visita a Jennifer Scott, enrojeció visiblemente. Confesó haberlo mencionado en el restaurante de la Rampling Company. Habló del escultural cuerpo de Jennifer. Cualquiera de los presentes pudo oírle.

El teniente Lautter inspiró con fuerza.

—Bien... Sigan trabajando en esas listas. Ese maldito quiere en verdad superar todos los récords. Un crimen por día es demasiado. Incluso para una ciudad como San Francisco. Tenemos que cazarle cuanto antes.

—Lo conseguiremos, teniente.

—No lo dudo, muchachos. No lo dudo...

Jeff Lautter abandonó el despacho.

Connor y Heywood se volcaron sobre los papeles amontonados en la mesa.

—¿Por dónde empezamos, David? Aquí tenemos la lista de compañeros de Jessica Randolph, la relación de vinculados a «La hora del crimen», la de empleados de Rampling Company con contacto con la Sandorf Metals de Jessica... ¡Maldita sea! ¡Es para volverse loco!

Connor esbozó una sonrisa.

—¿Por qué no te vas a casa, Cliff? Yo he descansado unas horas esta mañana, pero tú...

—¿Seguro que has descansado? —Rió Heywood a carcajadas—. Te vieron con Christine. A toda velocidad por las calles de San Francisco. Con la sirena funcionando. Si llega a conocimiento de! teniente que utilizas la sirena para...

—Lárgate, Cliff. Déjate ver por casa o Sarah solicitará el divorcio.

—Ya es medianoche. Mientras llego a casa, discuto con Sarah, doy agua a Tommy... ya ha amanecido.

—Mañana nos espera un día muy duro, Cliff.

—Okay. Me tumbaré unas horas en una de las habitaciones de seguridad. Te relevaré, ¿de acuerdo?

—Correcto.

David Connor quedó solo en el despacho.

Echó mano al termo de café.

No había cenado.

Ninguno de los que contemplaron el cadáver de Jennifer Scott había probado alimento.

Ninguno de ellos olvidaría jamás la espeluznante escena.

* * *

Volvió a zarandearle.

—¡Eh, David...! ¡Despierta!

Connor entreabrió los ojos.

Parpadeó repetidamente.

Al percatarse de la claridad procedente del ventanal, se incorporó velozmente del sofá.

—¿Qué hora es?

—Poco más de las nueve.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no me has despertado antes, Cliff?

—Hace poco que te...

David Connor fue hacia el lavamanos situado en uno de los rincones de la estancia.

—Arthur Ward viene hacia aquí, David. Acaba de telefonear nuestro agente.

—Magnífico. Le apretaremos las clavijas.

Los dos hombres se trasladaron al despacho.

De uno de los cajones de la mesa escritorio extrajo Connor una máquina de afeitar.

—¿Queda café en el termo, Cliff?

—Creo que sí...

Se encendió uno de los pilotos del interfono.

Heywood presionó la palanca correspondiente.

—¿Sí?

—Tenemos aquí a Arthur Ward —dijo una voz.

Cliff Heywood consultó con la mirada.

Connor asintió.

—Hacedlo pasar.

Segundos más tarde aparecía Arthur Ward.

Luciendo un elegante smoking.

David Connor, ya acomodado tras la mesa escritorio, le dedicó una fría sonrisa.

—Buenos días, Ward. Tome asiento.

—Oiga, sargento... Ayer procuré mostrarme comprensivo, pero debo reconocer que Randy Armstrong tenía razón. Sus métodos son poco legales. El agente que esperaba a la puerta de mi apartamento ni tan siquiera me permitió...

—¿De dónde viene, Ward?

Arthur Ward empequeñeció aún más sus ojos de miope.

—De una fiesta. Fui invitado por el productor cinematográfico Lee Goldstone.

—¿Toda la noche en la fiesta?

—¡No tengo por qué contestar a sus preguntas, sargento!

David Connor hizo una seña a su compañero.

Heywood tomó el magnetófono de uno de los muebles depositándolo sobre la mesa.

—Escuche con atención, Ward —dijo Connor pulsando la palanca de funcionamiento—. Aquí está registrada la llamada del asesino a «La hora del crimen».

Comenzó la grabación.

David Connor se reclinó en el sillón giratorio.

Con un cigarrillo en los labios.

La mirada fija en Arthur Ward.

Estudiando toda reacción delatora, pero no se originó. El rostro del guionista reflejó una indiferencia total.

Terminó la cinta.

—¿Qué le ha parecido, Ward?

—Millones de telespectadores escucharon en directo la voz del asesino. Sus palabras fueron incluso repetidas posteriormente en los informativos, impresas en los periódicos... Ya conocía...

—Por supuesto, Ward —interrumpió Connor—. Conocía las palabras del asesino. Especialmente una, ¿no es cierto?

—No le comprendo...

—¿De veras? —Connor tomó el ejemplar de The Wolf-man—. Es una palabra que usted repite constantemente en sus obras. En todas. Me refiero a sus escritos desde que empezó a colaborar en «La hora del crimen». «Muñeca». Esa es la palabra. Siempre en boca del asesino.

—Es un término muy utilizado en...

—Lo sé, Ward, lo sé; pero me intriga que el hombre que llamó a «La hora del crimen» llamara repetidamente «muñeca» a Cathy Ross.

—Tal vez sea un lector mío. Son muchos los telespectadores de «La hora del crimen» que compran mis novelas. Pudo quedar influenciado.,.

—¿Por qué no usted? —intervino Heywood.

Arthur Ward parpadeó.

Dirigió alternativas miradas a los dos policías.

—Mi compañero es muy suspicaz —sonrió Connor—. Sospecha de usted. Absurdo, ¿verdad?

—Están..., están locos... Quieren cargarme con...

Connor agitó la mano derecha.

—Tranquilo, Ward. Sé que se trata de una simple coincidencia, Un lector que, influenciado por sus obras, repite la palabra «muñeca». El gran Arthur Ward no puede dejarse dominar por sus personajes. ¿Sabe que ayer hubo una segunda víctima? Una tal Jennifer Scott, artista de strip-tease.

—Sí... Lo comentaron en el party de Lee Goldstone.

David Connor sonrió.

Una sonrisa desmentida por el frío brillo de sus ojos.

—Apuesto a que también comentaron que esos asesinos incrementarían la popularidad de Arthur Ward, la venta de ejemplares...
—¡Quiero un abogado! ¡Quiero llamar a mi abogado!
—¿Qué le ocurre, Ward? Nadie le está acusando...
—¡Insinúan que maté a esas mujeres para incrementar la venta de mis novelas!
David Connor chasqueó la lengua.
Se incorporó del sillón.
—Por favor, Ward... Eso es ridículo. Sospecharíamos también de Randy Armstrong, del productor, del patrocinador... Todos quieren ser populares y aumentar sus ingresos; pero de eso a convertirse en asesinos media un abismo. Buscamos a un individuo inteligente, astuto... y con mucha imaginación.
—Cierto —intervino nuevamente Cliff Heywood—. Un tipo con mucha imaginación. Se necesita para convertir a Jessica Randolph en un cadáver-puzzle, para matar a Jennifer Scott utilizando dos ratas hambrientas... ¡Propio de la mente calenturienta de un escritor de novelas de terror!
—Yo no...
—¿Dónde estuvo ayer, Ward? ¿Entre las once y catorce horas? —interrogó Connor, secamente—. ¡Responda!
—En..., en mi apartamento...
—¿Solo? —se interesó Heywood.
—Sí...
—¿Puede demostrarlo? —habló Connor ahora—. ¿Le vio entrar o salir alguien? ¿Abandonó el apartamento en ese intervalo de tiempo?
—Tal vez visitó a Jennifer Scott, ¿verdad, Ward? —vociferó Heywood.
Arthur Ward movía la cabeza de un lado a otro aturdido por las sucesivas preguntas de los dos policías.
—¡No pueden acusarme de nada...! Yo no... ¡Quiero llamar a mi abogado!
David Connor retrocedió apoyándose en el borde de la mesa.
—Nos mintió, Ward. Dijo que desconocía la emisión del programa dedicado a DeSalvo. Aquí tengo un dato facilitado por Joanne Logan, secretaria de producción del programa. Ella misma le telefoneó para saber si acudiría al coloquio, informándole también de la selección del capítulo de DeSalvo.
—Sí..., lo había olvidado... Siempre rechazo acudir al coloquio... No le di importancia... Me tenía sin cuidado un capítulo u otro...
—Nos mintió, Ward. ¿Por qué?
—Olvidé esa intrascendente conversación con Joanne Logan.
—Muy lamentable, Ward. El asesino conocía de antemano el programa de emisión, llamó repetidamente «muñeca» a Cathy Ross..., al igual que acostumbran los asesinos de sus novelas.
—¡No pueden acusarme por esas ridículas coincidencias!
—Y no tiene coartada en el asesinato de Jennifer Scott.
—Apuesto a que tampoco en el de Jessica Randolph —aseguró Cliff

Heywood—, ¡Está perdido, Ward!

David Connor retornó tras la mesa escritorio.

Empujó uno de los teléfonos.

—Avise a su abogado, Ward. Lo va a necesitar.

Connor dirigió una significativa mirada a su compañero.

No le permitirían esa llamada. No podían acusarle de nada, pero esperaban una reacción en Arthur Ward.

El escritor tendió su diestra hacia el teléfono.

Interrumpió el iniciado ademán.

Lentamente retiró su temblorosa mano.

—Ayer..., mientras almorzaba en mi apartamento..., tuve una visita.

—Eso es magnífico, amigo Ward. Puede ser una buena coartada. ¿Quién le visitó?

Arthur Ward pasó el dorso de la mano por la frente.

—No..., no puedo decirlo...

—¡Por favor, Ward! ¿No será la clásica mujer casada? ¡Eso está muy explotado en las novelas policíacas!

—Si hablo se hundirá mi carrera..., se descubrirá que...

—La policía sabe en ocasiones ser discreta —afirmó Connor—. Si nos es posible ocultaremos celosamente cuanto nos diga.

El rostro de Arthur Ward se iluminó.

Esperanzado.

—¿Es cierto eso? ¿Promete...?

—Adelante, Ward —respondió Connor sin comprometerse—. ¿Quién le visitó?

—Saúl Goldman.

Connor arqueó las cejas.

Aquel nombre le resultaba familiar.

—Para confirmar su coartada tenemos que localizar a ese tal Saúl Goldman. ¿Puede darnos más datos?

—Es un empleado de la Rampling Company.

Sí.

Ahora lo recordaba Connor.

El individuo del departamento de contabilidad que sufrió una reprimenda de Dick Rampling.

—¿Por qué ese interés en ocultar la visita de Saúl Goldman a su apartamento?

Ward empezó a sudar copiosamente.

—Cuando le interrogue lo descubrirá... El hablará..., les dirá que...

—¿Qué, Ward?

Arthur Ward inclinó la cabeza.

—Saúl Goldman es el verdadero autor de mis novelas. Él es quien escribe los guiones para «La hora del crimen».

CAPITULO X

Cathy Ross había adquirido recientemente un bungalow en Schell Boulevard. Una de las zonas residenciales más bellas de San Francisco. Pródiga en árboles y jardines.

Los bungalows se alineaban a ambos lados de la Bandly Avenue. Todos ellos con amplio jardín privado. La mayoría cercados y con sistemas de seguridad.

El sol estaba eh todo lo alto.

Descargando perpendicularmente sus rayos.

Acariciando a Cathy.

La muchacha estaba de bruces sobre la colchoneta.

Próxima a la piscina.

Cathy Ross lucía un minúsculo bikini. La pieza superior no estaba sujeta a la espalda.

La joven giró perezosamente.

Su cuerpo quedó ahora bañado por el sol. Toda ella, a excepción de la pequeña porción que cubría el slip, sometido a intenso bronceado.

Cathy se incorporó lentamente.

Quedó sentada. Con las manos atrás, apoyadas en la colchoneta. Resaltando así los prominentes senos.

Los ojos de Cathy trazaron una semicircular mirada.

Tenía la extraña sensación de ser observada por alguien.

Atrapó la pieza superior del bikini acoplándola con dificultad a los senos. Terminó por levantarse.

El jardín, la piscina, el invernadero, el seto central, la muralla...

No había nadie, sin embargo...

Cathy se estremeció.

Mantenía aquella sensación. Alguien la observaba. Unos ojos lascivos recorrían una y otra vez su cuerpo.

No era posible.

La entrada al recinto estaba protegida por sistema *electric-eye alarm*. Al igual que el *automatic alarm* de acceso al bungalow.

Nadie podía entrar allí sin conocimiento de Cathy,

La muchacha se encaminó hacia el porche.

Penetró en el bungalow.

Pasó directamente al salón. Hacia el mueble-bar plagado de artísticas botellas de fino cristal tallado.

—Yo tomaré un whisky, muñeca.

La súbita voz hizo gritar a Cathy, que giró saltando la botella.

Estaba sentado en el sofá.

Un individuo joven. Con uniforme azul. A sus pies una caja de herramientas.

Cathy, tras los instantes de estupor, corrió hacia la salida.
El hombre fue más rápido.
Le cortó el paso.
En su diestra surgió un largo estilete.
—No vuelvas a gritar, muñeca. Me molesta. Aquí nadie puede oírte. Las paredes son aislantes. Es un bonito bungalow. Muy bien amueblado. Con todo lujo. Sólo el sistema de seguridad es vulnerable para los que, como yo, somos expertos en elementos electrónicos. Sí, muñeca... Un bonito bungalow. Apuesto que lo has pagado con el dinero conseguido como presentadora de «La hora del crimen», ¿me equivoco?
—¿Quién es usted..,? ¿Qué quiere de mí?
—Saúl Goldman. Nada te dice ese nombre, pero gracias a mí has alcanzado riqueza y popularidad. Al igual que Randy Armstrong, que Arthur Ward... Todos aprovechándose de mi labor. Y yo sigo en el anonimato. No es justo, muñeca.
—Usted... es el... asesino de...
—Sí, Cathy. Empiezo a ser popular, ¿eh? Lo seré aún más. Un crimen diario. Esa es la meta que me he propuesto. Hoy es tu turno. Será un gran impacto. La presentadora de «La hora del crimen» víctima de...
Cathy intentó ahora huir hacia el ventanal del salón que comunicaba con el jardín.
Saúl Goldman se abalanzó sobre ella.
La sujetó del pelo tirando con fuerza.
Cathy cayó. Sil grito fue brutalmente cortado al recibir un patadón en el vientre.
Goldman se inclinó sobre ella.
Con el rostro deformado en cruel mueca.
—¿Qué te ocurre, muñeca? ¿No quieres morir? Tú has disfrutado estos dos últimos años. Ganando miles de dólares. Beneficiándote de mi trabajo...
—Está loco...
Saúl Goldman abofeteó el rostro de la joven.
Furiosamente.
—No vuelvas a decir eso, muñeca. Mi padre sí estaba loco, pero yo no. A mi padre le internaron en un manicomio cuando yo tenía tres años de edad. Allí murió. Mi madre...
Goldman comenzó a reír.
Su zurda acarició el rostro de Cathy. Luego le arrancó la pieza superior del bikini.
—Sí..., eres muy bonita... mi madre también lo era... Lo recuerdo. Yo tenía cinco o seis años, pero lo recuerdo perfectamente. Llegaban muchos hombres a casa... «Hola, muñeca»... y mi madre les sonreía. Yo quedaba encerrado en una habitación donde permanecía horas y horas. Fui creciendo. Llegué a comprender el significado del «hola, muñeca», y mi madre me alejó por completo. Fui internado en un buen colegio. Uno de los mejores. Mi madre no

se dignaba jamás visitarme. Cumplía pagando los elevados honorarios. No volví a verla. Ignoro dónde está. Sin duda se largó con un «hola, muñeca». Yo soy abogado, ¿sabes, Cathy? Recibí una muy buena educación.

La muchacha estaba pálida.

En sus ojos un indescriptible terror.

Temblando a cada caricia de Goldman.

—Un abogado que jamás llegó a ejercer. No me considero capaz de enfrentarme y hablar en público, pero sí soy superior a todos. Lo demostraré aterrorizando a toda la ciudad de San Francisco. Arthur Ward sí conoce mi superioridad. El bastardo de Arthur... Soy yo quien escribe los guiones de «La hora del crimen», soy yo el autor de Trademark, de The Mask, de The Wolfman... ¿No me crees? ¡Responde, maldita!

La zurda de Goldman aprisionó salvajemente el brazo izquierdo de la muchacha retorciéndolo con sadismo.

Cathy dominó el grito de dolor, aunque sin evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Asintió con repetido movimiento de cabeza.

—Correcto, muñeca... Es la verdad. Hace dos años ofrecieron al señor Rampling patrocinar «La hora del crimen». Arthur Ward estaba allí. El sería el guionista. Un vulgar escritor de novelas baratas... Coincidí con Ward en el elevador. Le comenté que yo tenía escritas algunas novelas de terror. Recuerdo su burlona sonrisa de suficiencia. Le rogué que leyera alguna de mis obras para conocer su opinión. Aceptó. A los pocos días me citaba discretamente en su apartamento. Me soltó cien dólares por Trademark, preguntándome si tenía más. Le proporcioné The Mask. Arthur Ward las fue presentando con su nombre. Al reprochárselo replicó que el éxito se debía a su firma. A llevar el nombre de Arthur Ward. Afirmó que si yo las presentaba con mi nombre a una editorial no serían aceptadas. Sugirió pagarme trescientos dólares por cada guión para «La hora del crimen». En estos dos años he contemplado el encumbramiento de Arthur Ward, De Randy Armstrong, el tuyo... Todos lustrosos merced a! esfuerzo de Saúl Goldman.

—Yo..., yo te ayudaré... —murmuró Cathy en un alarde de valor—. Haré que todos reconozcan...

—No, muñeca. Ya es demasiado tarde. Amenacé a Arthur con descubrir la verdad, pero se burló de mí. ¿Quién daría crédito al insignificante Saúl Goldman? El otro día le entregué un nuevo original. Le recordé una vez más su promesa de ayudarme a entrar en el mundo de televisión, en la editorial... y volvió a darme plazos. Comprendí que jamás lo haría. Que seguiría en la oscuridad. En el grupo de los fracasados. A no ser que.. Lo decidí cuando Arthur Ward me comentó la emisión de mi guión dedicado a DeSalvo. El estrangulador de Boston es uno de mis personajes favoritos. En la soledad de la habitación del colegio recuerdo que me entusiasmaban las biografías de criminales famosos de la Historia. Seguí con ese hobby. Soy un experto en la materia, Cathy. Les admiro. Decidí superarles a todos. Un crimen al día. Esa

era mi meta.

—No..., por favor... No quiero morir...

—En el Más Allá serás feliz, muñeca. Un mundo de tinieblas habitado por espíritus silenciosos. El reino de las sombras donde nadie es humillado...

Saúl Goldman gateó hacia la caja de herramientas.

Aquello fue aprovechado por Cathy para intentar incorporarse.

Volvió a gritar.

Un desgarrador alarido al sentirse aprisionada por uno de los tobillos.

Goldman se abalanzó sobre la joven.

Golpeándola sádicamente.

—¡No quiero oír tus gritos...! ¡No me gustan...!

La resistencia de Cathy cedió quedando inmóvil. Sangrando por la nariz y labios. Aturdida.

—Eso ya está mejor —jadeó Goldman—, De nada sirve gritar, Cathy. También yo gritaba al quedar encerrado en la habitación, pero mi madre no me hacía caso. Sólo al oír el «adiós, muñeca» se abría la puerta para propinarme una paliza. Tampoco a ella le gustaban mis gritos... La habitación era muy oscura y yo demasiado pequeño. Allí, en aquellas tinieblas, descubrí el terror. El mismo que tú sientes ahora, muñeca...

Cathy entreabrió los sangrantes labios.

Quiso hablar, pero una cinta adhesiva taponó su boca.

Las manos de Cathy quedaron atadas con el sujetador del bikini.

—¿Sabes una cosa, Cathy? Estaba enamorado de ti. Desde que te vi presentando «La hora del crimen. Por eso decidí comunicarme contigo..., y por eso te he seleccionado como tercera víctima. El enamorarse es de débiles. Y yo no quiero serlo, Cathy. Hay que evitar ser pisoteado y humillado... En «La hora del crimen» te echarán de menos. Tu sustituta no será tan bella..., no tendrá la perfección de tu cuerpo...

Las manos de Goldman abarcaron el rostro de la muchacha. Descendieron, acariciando la soberbia anatomía de la muchacha.

Se inclinó sobre Cathy.

En el rostro de Saúl Goldman una demoníaca sonrisa.

Cathy cerró los ojos.

* * *

David Connor había cursado la orden de busca y captura de Saúl Goldman.

Todos los coches de la Metropolitan Police que patrullaban por las calles de San Francisco habían sido alertados.

Saúl Goldman había terminado su jornada en la Rampling Company marchando en su «Mercury». No fue a su apartamento.

¿Dónde se encontraba?

¿Qué estaba haciendo?

Esos eran los interrogantes que inquietaban a Connor.

—Creo que te has precipitado, David. El hecho de que Saúl Goldman sea el autor de los guiones nada significa. No hemos encontrado nada anormal en su domicilio.

—¡Lo sé, maldita sea! —Connor hizo girar el volante del «Pontiac» en peligrosa maniobra—; pero tengo esa corazonada. Su departamento de contabilidad mantenía contacto con la sección de Jessica Randolph en Sandorf Metals. Pudo conocer que Jessica vivía sola, su domicilio, características... También Goldman estaba presente en el restaurante cuando Perry Bancroft habló de la solitaria y bella Jennifer Scott..., y también estaba al corriente de la emisión del capítulo de DeSalvo. ¿Coincidencias? No, Cliff. Saúl Goldman es nuestro hombre.

—No tiene antecedentes..., empleado ejemplar... Hemos mostrado una fotografía suya en el snack de Gavin Street. No le han identificado como el individuo de azul.

—Una fotografía de hace varios años y de tamaño reducido.

Cliff Heywood asintió con un movimiento de cabeza.

—De acuerdo. Esperemos que sea nuestro hombre. Nos hemos saltado demasiadas ordenanzas, David. Registro en el domicilio sin autorización legal, lanzamiento de orden de captura sin pruebas concluyentes...

—Eso no me preocupa. Sólo quiero localizarle antes de que ocasione una tercera víctima. Esa parece ser su intención, Un asesinato por día.

—No estamos seguros de...

Cliff Heywood se interrumpió al recibir una llamada por radio.

—Aquí Central... Coche JH-1... Responda...

Heywood atrapó el micro.

—Coche JH-1 a Central... Le escucho...

—El auto del sospechoso ha sido localizado en Schell Boulevard. En el cruce de la Bandly Avenue con Lom Road. No hay rastro de Saúl Goldman.

—Vamos hacia allí. Corto.

—En el cruce de... —murmuró Connor—. ¿No es en la Bandly Avenue donde... ?

Cliff Heywood tragó saliva.

—Sí, David. Allí tiene Cathy Ross su apartamento.

CAPITULO XI

La mesa era alargada. De tabla de mármol. De cortas patas.

Cathy Ross seguía en el suelo.

Con los ojos cerrados.

El cuerpo bañado en sudor.

—¡Eh, muñeca...! No estarás durmiendo, ¿verdad? —Rió Goldman—. Aún no hemos terminado de divertirnos.

Saúl Goldman tenía las manos enguantadas.

Arrastró la mesa hasta situarla junto a Cathy.

Tomó a la muchacha en brazos depositándola sobre el frío mármol. Aquello hizo abrir los ojos a Cathy.

Saúl Goldman extrajo un carrete de cuerda de la caja de herramientas. Aunque Cathy mantenía las manos atadas a la espalda, procedió a sujetarla a la mesa con la cuerda.

Las piernas y la cabeza quedaron colgando fuera de la mesa.

Goldman la atrapó por los tobillos.

Tiró arrastrando consigo la mesa.

Aquello le hizo reír a carcajadas.

Salió al corredor pasando seguidamente a la cocina.

Todos los electrodomésticos empotrados en las paredes proporcionaban el máximo espacio. Un armario por elementos se situaba paralelamente al refrigerador.

Saúl Goldman manipuló en la llave de gas de la cocina correspondiente al horno. Accionó el encendido automático del grill.

Las llamas, semejando lenguas de fuego, asomaron al mínimo.

Saúl Goldman giró.

Sus ojos se encontraron con los de Cathy.

—Ya has comprendido, ¿eh, muñeca?

Sí.

Cathy intuía la horrible muerte.

Se debatió desesperadamente.

Con las facciones desencajadas.

—Ahora sí quiero oír tus gritos, Cathy —dijo Goldman arrancando la mordaza—. Grita..., grita...

—¡No...! ¡Piedad...! ¡No...!

El hombre arrastró la mesa.

La colgante cabeza de Cathy coincidía con la cámara del horno.

—¡No...! ¡NO...!

Goldman empujó lentamente.

La cabeza de Cathy quedó introducida en el horno.

Sus desgarradores alaridos sonaron ahora como procedentes de un profundo pozo.

Las llamas prendieron en los cabellos femeninos originándose un siniestro chisporroteo amortiguado por los gritos de Cathy.

Saúl Goldman hizo girar la llave.

Dando la máxima potencia al gas.

Las llamas se proyectaron sobre el rostro de Cathy. Envolviéndolo con virulencia.

Las convulsiones de Cathy rompieron el sujetador que aprisionaba sus manos, pero la cuerda que la mantenía atada a la mesa se mantuvo tirante. El agitar de las piernas, en principio frenético, fue cediendo.

Saúl Goldman reía como un poseso.

Contemplando el alucinante espectáculo.

Pronto un macabro hedor a carne quemada se extendía por la estancia.

Goldman pasó al salón.

Se despojó de! uniforme azul que dobló cuidadosamente en la caja de herramientas.

Quedó con su impecable traje.

Con la caja de herramientas en su todavía enguantada mano se encaminó hacia el living.

Salió al porche.

Con despreocupado paso se dirigió a la enrejada puerta de la muralla.

Fue entonces cuando escuchó el ulular de la sirena.

Saúl Goldman se detuvo.

Confuso.

Dos coches surgieron frente al 2054 de la Bandly Avenue.

Descendieron precipitadamente hombres de paisano y agentes uniformados.

Saúl Goldman reaccionó soltando la caja de herramientas y corriendo a refugiarse en el invernadero cercano.

—¡Alto! —Gritó una voz—. ¡Deténgase!

Goldman llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta apoderándose de una pequeña pistola.

Disparó segundos antes de introducirse en el invernadero.

—¡Cubridme! —ordenó David Connor precipitándose hacia el apartamento.

Al penetrar en la vivienda percibió el olor.

Le guió hasta la cocina.

Y allí...

* * *

David Connor salió al porche.

Pálido.

Con un ligero temblor en ¡os labios.

Su mano derecha aferraba con fuerza el revólver.

Cliff Heywood y otros agentes habían rodeado el invernadero. Respondían a los esporádicos disparos de Goldman.

—Sólo le queda una bala, David. Esperaremos a que... ¡David!

Connor avanzaba hacia el invernadero.

Abiertamente.

Ajeno a la llamada de Heywood.

A menos de diez yardas sonó el disparo. La bala silbó sobre la cabeza del policía.

Ningún otro disparo.

David Connor cargó sobre la frágil puerta.

Saúl Goldman estaba arrinconado tras unas gigantescas macetas. Sostenía la automática con ambas manos. Sonriente.

Connor extendió su diestra.

El cañón del revólver apuntó a la frente de Goldman.

—Adelante, policía —rió Goldman—. Te harás famoso. Tu nombre figurará con el mío. Yo pasaré a la Historia del Crimen como el más terrorífico de los asesinos.

Connor curvó el dedo índice sobre el gatillo.

Su diestra tembló.

—David...

Connor reconoció la voz de su compañero Cliff Heywood.

Lentamente bajó el brazo armado.

—Llevároslo —murmuró apretando las mandíbulas—. Quitarlo cuanto antes de mi vista...

EPILOGO

La joven se reclinó en el sofá impulsada por el peso de Connor.

—Terminaré por acostumbrarme a tus sándwiches, Christine.

—Sé preparar algo más que sándwiches. Soy una magnífica cocinera. Con una licencia de matrimonio te lo demostraría.

David Connor besó los gordezuelos labios de la muchacha. Mordisqueó el lóbulo izquierdo besando luego el cuello femenino.

—¿Casarme contigo...? No, Christine. No quiero darle ese disgusto al bueno de Ralph.

—Mi hermano empieza a rectificar, David. ¿No has leído el último número de Terror Story? Afirma que eres un buen policía. Digno de reemplazar al teniente Lautter. Eres el héroe del momento.

—¿De veras?

Connor se separó.

Tomó la cajetilla de tabaco de la mesa.

—¿Qué te ocurre, David?

—No puedo estar satisfecho de mi trabajo. «Héroe del día...» Pronto han olvidado a Jessica, Jennifer, Cathy...

—Tú has evitado que ese loco ocasionara más muertes. Y también has conseguido que «La hora del crimen» deje de emitirse.

Connor esbozó una sonrisa.

—Si... Eso sí fue un pequeño triunfo. Ya existe suficiente violencia para que nos la sirvan adornada en televisión. Todos somos culpables de que la sociedad engendre monstruos como Saúl Goldman.

—David..., habíamos quedado en no hablar de ello... Es tu día libre, ¿no?

—Un policía no tiene día libre, Christine. Jamás descansa. ¿Te casarías con un hombre así?

Christine, por toda respuesta, enlazó con sus brazos el cuello de Connor.

Unieron sus labios.

De nuevo el cuerpo de la muchacha se estremeció de placer al recibir las caricias.

Súbitamente sonó el teléfono.

David Connor profirió una soez maldición a la vez que atrapaba el micro.

—¿Sí...? Hola. Cliff... De acuerdo... Estaré ahí en unos minutos...

Colgó el auricular.

—David...

—Lo lamento, Christine. Debo irme. Glenn Beckerman, magnate del acero, ha aparecido muerto en su domicilio. Asesinado. Te aconsejo busques un tipo con mayor futuro.

Connor se ajustó la funda sobaquera.

Recogió la chaqueta encaminándose hacia la puerta.

—David...

—¿Sí?

—Te estaré esperando —murmuró Christine con dulce sonrisa—. No importa el tiempo. Te esperaré...

El sargento Connor abandonó el apartamento.

De nuevo en las calles de San Francisco el odio, la violencia, la muerte...

David Connor esbozó una sonrisa.

Pensó en Christine.

Afortunadamente también existía el amor.

FIN